

ANSELM GRÜN

los sueños de la vida



guías hacia la felicidad



Desclée De Brouwer

LOS SUEÑOS DE LA VIDA
GUÍAS HACIA LA FELICIDAD

ANSELM GRÜN

LOS SUEÑOS DE LA VIDA
GUÍAS HACIA LA FELICIDAD

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2012

Edición original alemana:

Lebensträume. Wegweiser zum Glück

© 2009 by Vier-Türme GmbH, Verlag,
D-97359 Münsterschwarzach Abtei

Traducción española:

María del Carmen Blanco Moreno

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2012

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclee.com

info@edesclee.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-2564-7

Depósito Legal: BI-782-2012

Impresión: RGM, S.A. - Bilbao

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
I. CLASES DE SUEÑOS	15
II. LOS SUEÑOS COMO IMPULSO PARA CONFIGURAR LA VIDA	35
III. DESPEDIRSE DE LOS SUEÑOS ROTOS	45
IV. LA INTEGRACIÓN DE LOS SUEÑOS EN NUESTRA VIDA	67
La formación como integración del sueño de mi vida	69
La influencia de las imágenes en nuestra vida y en nuestra actividad	73
El descubrimiento de la imagen que corres- ponde a nuestra esencia	77
V. EL SUEÑO DE DIOS CON RESPECTO AL SER HUMANO	91
El sueño de Dios sobre cada ser humano.	94
El sueño de Dios sobre la sociedad humana . .	99
La realización de nuestro sueño en la muerte y después de la muerte	103
CONCLUSIÓN	107
BIBLIOGRAFÍA	113

INTRODUCCIÓN

Todo ser humano ha tenido «sueños¹ de la vida» en su infancia y juventud. En ellos se imaginó cómo iba a configurar su vida, qué profesión deseaba ejercer, cómo podía fundar una familia, construir una casa hermosa y llevar a cabo grandes obras para otros, de modo que su vida fuera una bendición para los demás. Algunos sueños se hicieron realidad, pero otros no pasaron de ser meras ilusiones. En cualquier caso, tales sueños han sido siempre un impulso para desarrollarnos y buscar nuestro lugar en la vida. Nos han estimulado a formarnos, a desa-

1. Anselm Grün emplea en este libro continuamente el término alemán *Lebenstraum* (en plural: *Lebensträume*), que significa «el sueño de la vida», es decir, el sueño originario y fundamental de una persona, que por lo general se suele remontar a la infancia o a la primera juventud, y que orienta y vertebrata todas las opciones posteriores. «El sueño de la vida» de cada persona está en el origen de su proyecto de vida y, de alguna manera, inspira su vocación y su misión. Para no cargar la lectura con la repetición constante de la expresión «el sueño de la vida» (o «los sueños de la vida»), emplearemos en general solamente los sustantivos «sueño»/«sueños», pero recordamos al lector que no olvide que estos nombres hacen siempre referencia al sueño básico y principal de una persona, de acuerdo con la exposición anterior, excepto cuando se indica expresamente que se trata de los sueños nocturnos. (*N. de T.*)

rrrollar nuestras capacidades y a concebir grandes proyectos. Por eso resulta tan doloroso comprobar que algunos sueños no han sido más que pompas de jabón que han desaparecido sin dejar rastro. Muchas personas se lamentan de los sueños no realizados. Tienen la sensación de que su vida ha fracasado, porque ha seguido un curso muy diferente del que habían pensado. A menudo, el sueño no realizado cubre la vida como un negro velo. Para huir de la decepción, algunos se refugian en la rutina vacía y están siempre ocupados. Pero esto solo sirve para ocultar el hecho de que, en realidad, viven de espaldas a sí mismos y a su sueño.

En este libro deseo describir las diferentes clases de sueños, así como algunas formas de abordarlos, sin caer en la resignación en el caso en que no se hayan realizado tal como lo habíamos imaginado en la infancia. Independientemente de si hemos hecho realidad –o no– nuestros sueños, siempre tiene pleno sentido considerarlos una vez más, afrontarlos y preguntarse qué significado podrían tener en nuestra situación actual. Tal vez tales sueños puedan ponernos de nuevo en contacto con nuestras propias raíces.

Hay que distinguir los sueños de la vida de los sueños nocturnos, aunque en ocasiones hay entre ellos una vinculación interior. A veces soñamos por la noche con figuras que corresponden a la imagen originaria que Dios se ha formado de nosotros. Soñamos que somos reyes o reinas, soldados, médi-

cos o sacerdotisas. Son imágenes arquetípicas, que afloran en nosotros durante el sueño, nos muestran lo que hay en nuestra alma y nos ponen en contacto con nuestras posibilidades y capacidades.

Por ello, en este libro desearía invitarte a prestar atención a los sueños de tu vida, para que tu existencia florezca, para que cada vez llegues a ser más la persona que Dios quiere que seas. Tus sueños podrían ayudarte a salir de la vida superficial que llevas a veces y guiarte hacia la profundidad, hacia tu verdadero ser. Para entrar en contacto con tus sueños es necesario que te traslades a la infancia, porque es allí donde surgieron.

En un seminario para directivos, un participante me preguntó por qué muchos directivos arrugan la nariz cuando se les propone que se trasladen con la imaginación a la infancia. Tal vez piensan que es un gesto infantil y que ellos deben ocuparse *ahora* de los problemas reales. A veces tengo la sensación de que se separan de sus raíces. No son capaces de mirar cara a cara a su historia y aprender de ella. Se identifican hasta tal punto con el papel que desempeñan, que cualquier reflexión sobre su infancia les parece una amenaza. Con frecuencia observo que trabajan muy esforzadamente, pero agotan muy pronto sus energías porque no beben de la fuente que hay en ellos.

Ocuparse del sueño de la vida significa volverse a la fuente interior de la que podemos beber. Es la fuente que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros.

I

CLASES DE SUEÑOS

El padre de una niña de nueve años me contó que su hija había llorado al ver en televisión la boda de una princesa. También ella quería ser una princesa. «Princesa» es una imagen arquetípica. En esta experiencia se expresa que esta niña quería descubrir su belleza y su valor. En cada uno de nosotros está presente la imagen arquetípica del príncipe o de la princesa, del rey o de la reina.

Hay muchas clases de sueños de la vida. En la infancia soñamos con una determinada profesión, en la que creemos poder desarrollar nuestras capacidades y ofrecer una contribución importante a la configuración de este mundo. A menudo soñamos con la profesión de nuestro padre o de nuestra madre. Queremos, por ejemplo, ser como nuestro padre. Notamos que él se realiza en su trabajo y es feliz. Cuando queremos ejercer la misma profesión que nuestra madre o que nuestro padre, deseamos llegar a ser como ellos. Nuestros padres se convierten en figuras de referencia para nosotros. Nos identificamos con ellos. Sentimos que tenemos sus mismas raíces. Por eso deseamos desarrollarlas ejerciendo la misma profesión. Deseamos desarrollarnos y crecer según la figura que nuestros padres representan para nosotros.

A veces soñamos con una profesión diferente de la de nuestros padres, porque hay algo en ella que nos fascina. Tenemos la sensación de que al ejercerla podremos hacer algo lleno de sentido para el mundo y contribuir a mejorarlo. Cuando

yo era niño, soñaba con ser albañil. Nací en 1945. Nuestra casa, situada cerca de Múnich, había sido alcanzada por los bombardeos. En mi sueño de hacerme albañil latía el deseo de hacer habitable de nuevo la casa, reparar los daños causados por las bombas y sanar las heridas, pero también el deseo de poder crear algo nuevo. Así, cuando tenía aproximadamente siete años, tuve la idea de construir un vivero para peces. Acudí a un constructor, a quien había conocido en la parroquia, y le pedí un saco de cemento para hacer el vivero. Descubrí que mezclando un poco de cemento y arena se puede construir algo resistente. Cuando pienso hoy en ello, percibo aún el entusiasmo con que lo llevé a cabo. En aquella experiencia se expresó algo esencial: el hecho de dar forma a la fantasía, hacer realidad una idea, construir algo. Otro sueño era el de ser panadero. Mi infancia transcurrió en los años de la posguerra; me gustaban mucho los pasteles y los dulces, pero solo los comíamos en las grandes fiestas. Yo pensaba que el panadero tenía siempre algún dulce que comer. Es posible que aquel sueño respondiera al deseo de endulzar mi vida y la de los demás. Aun cuando eran ciertamente sueños y deseos infantiles, siguen expresando todavía hoy una dimensión esencial de mi vida. Estoy contento porque no elegí esas profesiones, pero las imágenes asociadas a ellas siguen teniendo hoy significado para mí. Más adelante dedicaré una parte del capítulo cuarto a describir cómo podemos abordar en nuestra situación

actual los sueños de la infancia relativos a nuestra profesión.

Un niño quería ser ferroviario. Se sentía fascinado por su padre, que era maquinista. Cuando veía cómo su padre ponía en marcha el largo tren, percibía en su interior una fuerza que nunca antes había presentado. En el sueño de ejercer aquella profesión se expresaba no solo el deseo de imitar a su padre, sino también el anhelo de tener la fuerza necesaria para llevar algo a término y ser capaz de configurar personalmente su vida. Una muchacha quería ser peluquera, como su madre. No solo estaba fascinada por las habilidades de su madre, ni quería únicamente identificarse con ella en el ejercicio de la profesión, sino que deseaba también ser bella y ayudar a otras personas a serlo. Todos estos sueños nos ponen en contacto con nuestras capacidades y nuestro deseo de una vida plena, de un trabajo lleno de sentido, para configurar este mundo, para hacerlo más humano, más hermoso y más luminoso.

Otra clase de sueños se expresa en la fascinación ejercida por determinados cuentos, piezas de teatro o relatos bíblicos. A veces, los cuentos describen los temas que nos ocupan en la vida, y nos permiten vislumbrar nuestro proceso de maduración personal. En ocasiones nos identificamos con los protagonistas: deseábamos –como el héroe o la heroína del cuento– tomar las riendas de nuestra vida y llegar a la meta, después de superar todos

los peligros. En las conversaciones de acompañamiento, cuando pregunto a mis interlocutores cuáles eran sus cuentos preferidos en la infancia, me responden con frecuencia: «Caperucita Roja». Son sobre todo las mujeres quienes se identifican con la niña inocente, pero a la vez astuta. Sueñan con verse protegidas de todo peligro en este mundo y recorrer su camino en el amor y en la luz. Un hombre me contó que de niño se sentía fascinado por el ladrón Hotzenplotz («El bandido Saltodemata»), porque ayudaba a los pobres. Es evidente que esta figura despertaba algo importante en él: «Puedo ayudar a otras personas. No estoy obligado a cumplir las normas establecidas de antemano. Puedo configurar personalmente mi vida. Tomo aquello a lo que se aferran los demás y se lo doy a quienes lo necesitan. Contribuyo a que este mundo sea más justo. Soy libre para obrar según mis convicciones. No me dejo coartar por las normas prescritas».

Otros se sienten seducidos por personajes bíblicos: por ejemplo, por David, que vence al gigante Goliat. Esta fascinación expresa el deseo de luchar, a pesar de la propia debilidad, contra la fuerza claramente superior de los otros y vencer a quien no deja vivir a los demás».

A los niños les entusiasma el guiñol. En este caso, la figura que más atracción ejerce sobre ellos es el arlequín. Aparentemente es débil e incluso ridículo, pero al final supera todos los peligros externos y hasta resiste a la amenaza del diablo,

con el cual asocian los niños inconscientemente los peligros procedentes del interior. Así se representa de modo divertido el éxito de la vida. Hay una cierta levedad en el modo en que el arlequín vence a todos los enemigos. Así, los niños desean que su vida tenga éxito, que tenga algo de la levedad del arlequín frente a todas las dificultades exteriores a las que se enfrenta. El padre de una niña de nueve años me contó que su hija había llorado al ver en televisión la boda de una princesa. También ella quería ser una princesa. «Princesa» es una imagen arquetípica. En esta experiencia se expresa que esta niña quería descubrir su belleza y su valor. En cada uno de nosotros está presente la imagen arquetípica del príncipe o de la princesa, del rey o de la reina. Cuando en la infancia nos sentimos interpelados por ello, entramos en contacto con nuestras posibilidades.

Las imágenes arquetípicas nos centran. Nos ayudan a descubrir nuestro verdadero ser y a reconocer nuestra propia dignidad. No somos solo niños pequeños. Tenemos en nosotros algo grande, poderoso, hermoso e infinitamente precioso. Las imágenes arquetípicas nos muestran las potencialidades existentes en nuestra alma. Y producen en nosotros una fuente inagotable de energía.

Los niños suelen expresar sus sueños en los juegos. Con las piezas del Lego, un niño construye casas o una ciudad entera. En la vida desearía realizar algo, construir edificios donde las personas

puedan vivir. A una niña le encanta jugar con muñecas. A menudo expresa el sueño de su vida por el modo en que juega con ellas. Otra niña juega siempre a papás, mamás, hijos e hijas. Es el sueño de la familia. A veces es una imitación de la familia, en la que se siente segura. Como el papá y la mamá, también ella desearía formar una familia. En el juego, algunas niñas se imaginan ya el número de hijos que desearían tener. Una niña juega con sus muñecas a hacer la compra. Compra lo que necesita para darles de comer, expresando así no solo el deseo de ser vendedora, sino también el de nutrir a otras personas y cuidar de ellas. También puede ser que en el juego se exprese el deseo de ejercer una profesión de ayuda. Una niña tuvo que ocuparse muy pronto de su hermana pequeña. Esta experiencia le resultó tan gratificante y divertida que quería ser puericultora. Lo que sabemos hacer bien, o lo que hacemos de buena gana en la infancia, suele convertirse en el sueño de nuestra vida.

Los niños suelen abstraerse en el juego, hasta tal punto que se olvidan de sí mismos y del tiempo, agotan todas sus posibilidades y capacidades, y expresan lo que hay en su alma. En el juego, el niño construye un mundo en el que están vigentes leyes particulares, que muestran la idea de que este mundo no está predeterminado, que no tenemos que adaptarnos necesariamente a algo preordenado, sino que podemos configurarlo personal-

mente. Con nuestra vida construimos un mundo propio. A los niños les gusta jugar con soldados. Algunos padres temen que puedan hacerse militaristas. En realidad, los niños expresan su deseo de poderse defender, de no estar desvalidos frente a poderes enemigos. En los juegos, expresan su sueño de una vida plena. Entran en contacto con sus capacidades y posibilidades.

Muchos niños juegan solos y se abandonan a la fantasía. Otros prefieren jugar juntos. En este caso, el juego sigue reglas establecidas: por ejemplo, «polis y cacos» (o «policías y ladrones»), «el gato y el ratón». Pero también los niños pueden establecer algunas reglas. Sencillamente, representan la convivencia en la vida. Juegan, se divierten y se sienten seguros en grupo, pero expresan también que quieren conceder un valor en el futuro a la vida comunitaria, que desean trabajar junto con otras personas y tener experiencia de una comunidad que los sostenga y proteja en este mundo.

En nuestra infancia, mis hermanos y yo jugábamos mucho en vacaciones. Nunca nos faltó imaginación para inventar juegos nuevos, cambiar los juegos existentes o enriquecerlos con elementos nuevos. A menudo jugábamos al escondite. A mis hermanas, las pequeñas de la casa, no les gustaba que las encontráramos siempre ni que, cuando nos escondíamos los niños, no fueran capaces de encontrarnos, porque nos escondíamos muy bien. Por eso cambiaron las reglas del juego a su favor y

dejaron de buscarnos sin previo aviso. Recuerdo todavía muy bien la enorme decepción de mi hermano, que estaba en su escondite y se dio cuenta de que nadie lo buscaba. Mis hermanas aprovecharon las posibilidades que tenían. En el juego, no tenían ninguna oportunidad de ganarnos a nosotros, los hermanos mayores. Por eso se retiraron del juego y descubrieron que podían librarse de la superioridad de los demás y establecer sus propias reglas de juego con las cuales podían desarrollar sus capacidades. De este modo, jugando, descubrieron su sueño: configurar personalmente su vida –según sus propias ideas– y distanciarse de las expectativas de los otros, para poder vivirla.

Otra clase de sueños está constituida por los sueños diurnos. En estas ensoñaciones concebimos determinadas ideas y nos imaginamos en un determinado papel: un héroe, un enamorado o una enamorada. Tales sueños pueden ser una huida de la realidad. Si no tenemos amigos, nos imaginamos que somos admirados por muchos amigos o que tenemos una amiga que nos ama. O bien compensamos en ellos la experiencia de nuestra pequeñez y de nuestra mediocridad. A veces, los niños se refugian en estos sueños diurnos porque la realidad es demasiado cruel para ellos. Algunos niños no consiguen distinguir entre los sueños y la realidad. En estos casos, los sueños pueden servirles para replegarse sobre ellos mismos de manera enfermiza. No obstante, normalmente tienen una

función positiva. El niño puede escapar del mundo para construirse su propio mundo. Aun cuando sea un mundo ilusorio, expresa la convicción de que el mundo existente no es el único posible. Con la imaginación podemos crear mundos nuevos, en los que las cosas funcionan de forma diferente y podemos permanecer en contacto con nuestra fuerza y nuestras capacidades. Las muchachas sueñan con un príncipe que las despierta con un beso. Los muchachos sueñan con una princesa que los hechiza. A veces, los jóvenes no se sienten dignos de ser amados; son demasiado tímidos para acercarse a una muchacha. Entonces se refugian en el sueño diurno de un matrimonio de ensueño. Estas ensoñaciones pueden ser una fuga de la realidad, pero también pueden ayudar a encontrar el equilibrio. Al menos en el sueño, el joven siente que es digno de ser amado. Y en el sueño, la muchacha que no puede competir con otras en belleza, experimenta que es hermosa y deseable.

Recuerdo que siendo adolescente soñé que era el portero de un equipo de fútbol y que paraba todos los tiros a puerta, incluidos los penaltis, sembrando así el desánimo en el equipo rival. Cuando me acuerdo de aquel sueño, a veces pienso que se trataba de fantasías de omnipotencia malsanas. Pero también descubro que en ese sueño se ocultaba el deseo de tener éxito en la batalla de la vida, el deseo de vencer y de no estar siempre entre los perdedores. Aquel sueño me decía que estaba lla-

mado a vivir en plenitud y en él entraba de nuevo en contacto con aquella confianza en mí mismo que no siempre tenía en los comportamientos exteriores.

Con todo, hay niños que no consiguen distinguir entre las ensoñaciones y la realidad de su vida. Hablan de sus sueños como si fueran realidad. Especialmente entre los niños que se encuentran en una grave crisis interior se puede observar que confunden la realidad con sus sueños. Así, un muchacho cuenta en la escuela que sus padres, separados, han hecho una excursión durante el fin de semana con él y con sus hermanos. La profesora mantiene una conversación telefónica con la madre y le pregunta si es verdad, porque le parece inverosímil. Evidentemente, el niño lo ha soñado con tanta intensidad que lo cuenta como si hubiera sido un hecho sucedido realmente, mientras que los demás piensan que miente. En realidad, este fenómeno está expresando su necesidad de que le ayuden a afrontar la realidad del fracaso del matrimonio de sus padres y a encontrar su identidad.

A veces, los sueños nocturnos nos ponen en contacto con nuestros sueños de la vida. En efecto, los sueños nocturnos pueden ser interpretados de diferentes maneras: muchos nos dicen cuál es nuestra situación actual; otros nos asignan una tarea para la vida; otros nos muestran las temáticas que nos acompañan de continuo en nuestra existencia o nuestra misión en este mundo. Los sueños en los

que mi padre o mi madre difuntos me dicen algo son importantes para mí. Me indican siempre un programa de vida. A veces sueño que debo pronunciar una charla sobre un tema no precisado, pero soy consciente de que he de hablar sobre una nueva formulación de la fe. En estas escenas oníricas reconozco el sueño de mi vida: formular la fe de modo que las personas puedan comprenderla. El sueño me pone en contacto con la misión específica que siento que he recibido de Dios.

John Bradshaw, psicólogo y teólogo americano, cuenta el sueño de un abogado al que había acompañado personalmente. Un día, el abogado sueña que ha perdido perros y gatos, y esto le recuerda que, cuando era niño, había deseado ser veterinario, pero su padre se lo prohibió y le obligó a hacer la carrera de derecho. Esta experiencia hizo que se sintiera muy triste y vertiera muchas lágrimas, pero también le impulsó a entrar de nuevo en contacto con su sueño originario y a reconocer que su enorme celo en el ejercicio de su profesión le había servido únicamente para enmascarar y ocultar su profunda tristeza por aquel deseo no realizado. Ahora bien, el sueño no solo le libra de la tristeza, sino que también produce en él un enorme empuje de energía que le permite hacerlo realidad. Así, estudia la carrera de veterinario y abre su propia clínica para animales. Su padre se siente horrorizado y los demás abogados piensan que se ha vuelto loco. Pero la energía que brota del sueño le ha

permitido realizar el sueño de su vida. Y hoy es feliz con sus animales¹.

En su libro *Erinnerungen, Träume, Gedanken* [*Recuerdos, sueños, pensamientos*], Carl Gustav Jung cuenta que a la edad de cuatro años tuvo un sueño que lo acompañó durante toda la vida y que constituyó, en definitiva, el tema de todo su trabajo psicológico. Siendo niño, Jung sueña con una escalera de piedra que conduce a las profundidades de un gran campo cercano a la casa parroquial. En sueños, baja por la escalera y llega ante una gran cortina verde. La aparta y ve una gran sala rectangular de piedra de diez metros de longitud. En el pavimento hay una alfombra roja que conduce a un trono dorado. En el trono está sentada una singular figura de carne. Él tiene miedo de que en cualquier momento pueda levantarse del trono y llegar hasta él. Entonces oye la voz de su madre: «Sí, mírale. ¡Es el ogro!». Jung se despertó lleno de angustia².

Este sueño se convirtió para Jung en el sueño de su vida: estaba llamado a sondear las profundidades del inconsciente. Más adelante descubre que la

-
1. John BRADSHAW, *Das Kind in uns. Wie finde ich zu mir selbst?*, Droemer Knaur, München 1992, pp. 359-360 [trad. esp. del orig. ing.: *Volver a casa: recuperación y reivindicación del niño interno*, Los Libros del Comienzo, Madrid 1994, pp. 336-337].
 2. Carl Gustav JUNG, *Erinnerungen, Träume, Gedanken*, editado por Aniela Jaffé, Olten 1971, pp. 18-19 [trad. esp.: *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Seix Barral, Barcelona 2001³, p. 27].

figura era un falo y comprende que representa para él al rival del Señor Jesús, de quien le hablaban continuamente su madre y su padre, el cual era pastor evangélico. Siendo ya anciano, Jung escribió a propósito de este sueño: «Con este sueño infantil fui iniciado en los secretos de la tierra. Tuvo lugar entonces, por así decirlo, una sepultura en la tierra y transcurrieron años hasta que reaparecí. Hoy sé que sucedió para introducir en la oscuridad la mayor cantidad posible de luz. Fue un tipo de iniciación en el imperio de las tinieblas. Entonces mi vida espiritual dio comienzo inconscientemente»³.

La pasión con que Jung investigó como psicólogo las profundidades del inconsciente estuvo alimentada por este sueño infantil. En último término, Jung buscó una respuesta a este sueño durante toda su vida. Pensaba que su vocación consistía en unir entre sí los contrarios, las realidades opuestas: cielo y tierra, espíritu e instinto, consciente e inconsciente.

Muchos grandes investigadores tuvieron ya en la infancia un sueño nocturno o descubrieron, a través de alguna experiencia fascinante, el sueño de su vida. Por ejemplo, el jesuita Teilhard de Chardin, gran estudioso de las ciencias naturales, se sintió atraído por la materia ya a la edad de seis años. En su texto autobiográfico *El corazón de la*

3. *Ibíd.*, p. 21 [trad. esp., p. 30].

materia, escrito cuando contaba 69 años y presentía que el fin estaba cerca, recuerda: «No tenía ciertamente más de seis o siete años cuando comencé a sentirme atraído por la Materia o, más precisamente, por algo que “brillaba” en el corazón de la Materia»⁴.

Exteriormente, Teilhard era un joven piadoso, pero su verdadero yo estaba en otra parte. Se retiraba con frecuencia para recoger y coleccionar piezas o fragmentos de hierro. Buscaba algo que fuera duradero. Cuando observó que el hierro se oxidaba, se interesó por las piedras: cristales de cuarzo o amatistas. Por un lado, su madre le había enseñado el amor a Cristo; por otro, ya desde niño, se sentía atraído instintivamente por la materia. A propósito de esta tensión que Teilhard percibió desde la infancia y en la que trató de penetrar con el pensamiento durante toda la vida, escribe un compañero jesuita: «El problema y la tarea de Teilhard consistieron durante toda su vida en unir el amor a la tierra y el amor a Cristo de tal modo que no fuera preciso sacrificar ni la tierra a Cristo ni Cristo a la tierra, sino que se pudiera llegar a amar en un mismo impulso vital a Cristo y la tierra»⁵. Lo que atraía de un modo tan mágico a aquel niño suscitó su sueño, el sueño de unir entre sí a Cristo y el cosmos y, al mismo tiempo, considerar el mis-

4. TEILHARD DE CHARDIN, Pierre, *Das Herz der Materie*, Olten 1990, p. 31 [trad. esp. del orig. fr.: *El corazón de la materia*, Sal Terrae, Santander 2002, p. 19].

5. *Ibid.*, «Vorwort» [«Prólogo»], p. 17.

terio del eterno femenino –reconocido en su madre y, después, en otras mujeres con las que se encontró a lo largo de la vida– como la fuerza que mantenía despierta en él la pasión por lo divino y le permitía descubrir el amor que impregna el universo y conduce hacia Cristo. Cristo es aquel que llena el cosmos entero de amor y lo transforma, hasta que él mismo brilla en todo como el resplandor de la gloria divina. En estas experiencias de la infancia, que conmueven su corazón, se anuncia el sueño de Teilhard, el sueño que trató de cumplir a lo largo de la vida a través de sus investigaciones y escritos.

También algunos santos tuvieron, ya en la infancia, un sueño que realizaron después en su vida. Así, cuando solamente tenía dos años, Teresa de Lisieux tuvo el deseo de ser religiosa, aunque aún no sabía qué quería decir eso exactamente. Dos acontecimientos de su infancia muestran cuál fue el sueño de su vida. Cuando una hermana le lleva una cesta llena de vestiditos de muñecas y de retazos para hacer más, y le pide que escoja, ella grita: «¡Yo lo escojo todo!». Y esto se convierte en el lema de su vida: «Dios mío, *yo lo escojo todo*. No quiero ser *santa a medias*, no me asusta sufrir por ti, solo temo una cosa: conservar mi *voluntad*. Tómala, ¡pues “*yo escojo todo*” lo que tú quieres...!»⁶. El otro acontecimiento fue un sueño que tuvo cuando

6. TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, Monte Carmelo, Burgos 2002⁷, p. 45.

contaba cuatro años de edad. Sueña con dos diablillos que bailan sobre un bidón de cal. Pero cuando Teresa, una vez vencido su miedo inicial, los mira fijamente, los dos diablillos se retiran asustados. Este sueño la libera de todo miedo al mal. Cuando mira fijamente al mal, este pierde su fuerza. Cuando hace frente al diablo, este retrocede. Este sueño permitió a Teresa confiar en su corazón y en su amor. La liberó de la espiritualidad marcada por la angustia que dominaba en su tiempo. Confió en el amor y eligió el amor como lema de su vida. Quería amar a Jesús sobre todas las cosas, «más que lo que había sido amado por cualquier otra persona». Siguió con coherencia su sueño. Al prestarle atención, desarrolló una espiritualidad que era contraria a la que le transmitían las autoridades religiosas de su tiempo. Escuchó a su corazón y no lo que le prescribían los demás. La clave de su espiritualidad fue el amor misericordioso de Jesús y no la justicia de Dios, que constituía entonces el tema central del camino espiritual de sus hermanas de religión.

II

LOS SUEÑOS COMO IMPULSO PARA CONFIGURAR LA VIDA

Muchas personas están hoy separadas de sus raíces. Viven sin un proyecto y a menudo sin un sentido para su vida. Esto no hace bien a la psique. Los niños y los jóvenes necesitan una meta en su vida. El sueño les pone esa meta ante los ojos. Quien vaga sin rumbo fijo de un lugar para otro no desarrolla sus capacidades. No dejará de emprender cosas nuevas, pero no terminará ninguna. Probará todas las bebidas, pero nunca beberá realmente.

Para muchos niños y jóvenes, los sueños son estímulos importantes que les ayudan a configurar su vida. Les impulsan a desarrollar sus capacidades con el fin de hacer realidad el contenido del sueño. Para C.J. Jung, para Teilhard de Chardin y para Teresa de Lisieux, los sueños de la infancia fueron una fuente importante de la que bebieron a lo largo de su vida. Sin la energía recibida de la fuente de sus sueños no habrían podido realizar nunca la obra de su vida, ni habrían recorrido nunca –como santa Teresa– de un modo tan coherente el camino del amor. Los sueños les guiaron en su camino para hacer realidad con pasión lo que habían vislumbrado en la infancia. Y les estimularon a seguir adelante, incluso cuando las personas que tenían a su alrededor querían disuadirles de sus sueños u obstaculizarles el camino que conducía a su realización.

Los sueños constituyen una motivación importante para trabajar en uno mismo y desarrollar las propias capacidades. El sueño de tener una gran familia motiva a la apertura a la amistad o al culti-

vo de una relación de pareja. Induce a caminar con perseverancia hacia la propia meta. Quien sueña con una determinada profesión se esfuerza coherentemente con el fin de prepararse para ejercerla. Muchas personas tienen un sueño muy concreto. Si sueñan que continúan la profesión de su padre, eligen la formación correspondiente con el fin de prepararse para ella. En este caso no hay ruptura en su biografía. Desde el principio tienen claro que van a recorrer ese camino. Y cuando se presentan dificultades, el sueño les impulsa a seguir adelante en el camino con coherencia. Para Teilhard de Chardin, el sueño de la infancia fue una fuente de energía de la que pudo beber siempre. La unión con ese sueño le permitió superar todas las dificultades que la Iglesia interpuso en su camino de investigador y en sus descubrimientos e interpretaciones teológicas. El sueño de su vida fue más fuerte que todas las oposiciones que encontró a lo largo de ella.

La experiencia de Albert Einstein fue parecida. Cuando tenía cinco años, le regalaron una brújula, y estaba tan fascinado con ella que dedicaba todas sus energías a descubrir los misterios del universo. «Esta sensibilidad hacia lo misterioso permaneció en él a lo largo de toda su vida»¹. Todos los investigadores, artistas, filósofos y teólogos que han investigado, pintado, elaborado sistemas filosófi-

1. John BRADSHAW, *Das Kind in uns*, op. cit., p. 371 [trad. esp., pp. 349-350].

cos y desarrollado ideas teológicas tuvieron en la infancia un sueño que les impulsó a entregarse con pasión a su trabajo, a seguir investigando, a profundizar cada vez más en los misterios del universo y a configurar nuestro mundo artísticamente. Así se podría poner de manifiesto en muchos artistas como, por ejemplo, Picasso y Marc Chagall. Ellos sacaron de sus sueños la energía que necesitaban.

Si un niño no tiene un sueño, suele buscar por todas partes, pero en realidad no busca en ninguna. No tiene un hilo conductor que dé unidad al caos interior de su alma. Quien no tiene una meta no puede desarrollar nada en su interior. Se limita a «ir tirando». El sueño motiva al niño para esforzarse en la escuela, para aprender y desarrollarse en una determinada dirección. El sueño otorga identidad al joven: sabe quién es, qué puede hacer y adónde ha de ir. El sueño le regala energía para desplegar sus capacidades y acercarse a su meta.

Muchas personas están hoy separadas de sus raíces. Viven sin un proyecto y a menudo sin un sentido para su vida. Esto no hace bien a la psique. Los niños y los jóvenes necesitan una meta en su vida. El sueño les pone esa meta ante los ojos. Quien vaga de un lugar para otro sin rumbo fijo no desarrolla sus capacidades. No dejará de emprender cosas nuevas, pero no terminará ninguna. Probará todas las bebidas, pero nunca beberá realmente.

Naturalmente, el sueño oculta también el peligro de quedar inmovilizado demasiado pronto. Un niño está tan fijado en la idea de dirigir un día el negocio de su padre, que no es capaz de pensar en otra cosa. Una niña está tan fascinada por la profesión de su padre o de su madre, que excluye desde el principio cualquier otra dedicación o actividad. Esto puede también estrechar el horizonte y hacer que la persona no desarrolle ni tenga en cuenta aspectos importantes de la propia personalidad, y que no escuche lo que le dice su corazón. En este caso, al sueño le falta amplitud y apertura. Ya no es un sueño que permite crecer interiormente, sino más bien una cama de Procusto que aprisiona y limita las propias posibilidades y capacidades. Uno pensaba que era el sueño de su vida, pero después descubre ha hecho suyo el sueño del padre o de la madre. En este caso es necesario que el hijo o la hija tome una decisión consciente a favor de ese sueño o contra él; y es importante que distinga si se trata verdaderamente de su sueño personal o únicamente de lo que esperan los padres. Muchas personas confunden su sueño con las expectativas de los progenitores.

El sueño introduce en espacios amplios y abiertos; las expectativas conducen a espacios angostos y, con el tiempo, se convierten en un peso. No nos dan energía, sino que nos la quitan. Por eso, el hijo o la hija debe comprobar si se siente libre para asumir por decisión propia la profesión o la empre-

sa de los padres, o si únicamente lo hace para no decepcionarles. Su decisión tiene ya un contenido concreto. Sabe a favor de –o en contra de– qué decide. Actualmente, muchas personas ya no saben sopesar los pros y los contras y, por tanto, son incapaces de tomar una decisión. Flotan, por decirlo así, en un espacio vacío. Esta ausencia de compromiso crea una situación muy difícil para la psique del joven. Por otro lado, tampoco resulta fácil decepcionar a los padres cuando se ha reconocido que uno desearía vivir su propia vida y no seguir satisfaciendo las expectativas de los demás. Quien solamente quiere satisfacer las expectativas de sus padres experimentará, llegado a un cierto punto de su vida, una fuerte agresividad. Y la descargará sobre sus padres –enturbando la relación con ellos–, o la dirigirá contra sí mismo y caerá en una depresión. Las reacciones de nuestra alma y de nuestro cuerpo nos muestran si seguimos nuestro sueño o nos limitamos a satisfacer las expectativas de los demás.

El sueño me impulsa a emprender un camino concreto. Da unidad a mis energías y capacidades para que se desarrollen plenamente. Después de haberme desarrollado en una determinada dirección, tengo que examinar si mi sueño corresponde verdaderamente a aquel camino concreto o si en él se oculta un horizonte más amplio y he de seguir avanzando para abrirme a una nueva perspectiva. Aun cuando piense que mi sueño es muy concreto

y satisfactorio, siempre llega el momento en que debo considerarlo desde una perspectiva más amplia. En cualquier caso, debo reconocer con gratitud que el hecho de perseguir aquel sueño me ha ayudado a trabajar sobre mí mismo y a seguir desarrollándome. De todos modos, mi tarea es la de distinguir entre la concreción del sueño y su esencia. La concreción del sueño puede cambiar, mientras que su esencia debe permanecer idéntica para que podamos ser fieles a nuestro ser. La esencia es como el hilo conductor que atraviesa y guía nuestra vida. Sin este hilo conductor, nuestra vida se rompe en pedazos. Y esto no hace bien a nuestra alma.

III

DESPEDIRSE DE LOS SUEÑOS ROTOS

Muchas personas no quieren saber nada de sus sueños rotos. Se lanzan a realizar miles de actividades para desviar la atención de su propia realidad. O piensan que tienen cosas más importantes que hacer que ocuparse de los sueños de la infancia. Pero a veces, una enfermedad les obliga a afrontar la verdad. Han hecho caso omiso de la resistencia de su alma contra la vida que han elegido como sucedáneo de sus sueños rotos.

En las conversaciones de acompañamiento psicológico o espiritual me hablan continuamente de sueños rotos. El sueño de una mujer era que fundaba una familia y tenía muchos hijos. Pero cuenta ya 40 años y está sola. Su sueño no se ha cumplido. Otra mujer soñaba que compartía la fe con su marido y se la transmitía a los hijos. Pero ahora los hijos no quieren saber nada de la fe y, además, los padres se han separado. Su sueño de una familia sana y creyente se ha roto. Un varón soñaba que podría cambiar el mundo como político. Pero ahora constata que su visión se ha frustrado. No ha sido reelegido. El partido le ha obstaculizado el camino hacia el ascenso y ha quedado marginado. Un directivo quería transformar su empresa en una multinacional e introducir una nueva cultura económica. Pero la empresa ha tenido que declararse insolvente. Ha sido comprada por otra sociedad que la ha dividido. Ya no queda nada de la anterior cultura empresarial, del sentimiento de solidaridad y de los valores que encarnaba la empresa. También en este caso, el sueño se ha des-

vanecido. Un empresario de clase media mantiene una relación muy estrecha con sus colaboradores. Ha creado un magnífico clima empresarial y con ello ha conseguido también el éxito económico. Pero el mercado ha cambiado tan radicalmente, que la empresa no consigue sobrevivir. El sueño se ha disipado también en este caso. Otras personas experimentan cómo su sueño se rompe debido a una enfermedad, a la separación o el divorcio en el matrimonio, al fracaso en el ejercicio de la profesión o a un accidente de tráfico. Todas estas situaciones desbaratan los proyectos y agotan la energía vital de las personas implicadas.

Cada vez que la muerte nos arrebatara a un ser querido se rompe un sueño. El fallecimiento repentino del marido por causa de un infarto pone fin al sueño de una mujer de 45 años. Ella soñaba con realizar largos viajes junto a su esposo y dedicar el tiempo a intereses comunes, una vez que los hijos hubieran crecido. Imaginaba lo hermoso que sería introducir algún elemento nuevo en la relación conyugal. Pero la muerte de su marido ha cancelado este sueño. Una madre pierde a su hijo en un accidente de tráfico. También su sueño ha quedado destruido. Soñaba con ser una buena madre para su hijo, acompañarlo en su camino y gozar de él y de la familia que él quería fundar. Pero la muerte le ha arrebatado de improviso estos proyectos.

Con todo, los sueños no son barridos siempre de un modo tan radical como en los ejemplos presen-

tados. A menudo tenemos sencillamente la sensación de que no hemos realizado lo que era propiamente nuestro objetivo. O bien –como decía una mujer– «hemos corrido en una dirección equivocada». Hemos despilfarrado nuestro talento en actividades que no corresponden a nuestras capacidades. Hemos olvidado nuestros sueños porque había otras cosas más urgentes en primer plano. Hemos hecho lo que la vida nos exigía. Pero con ello hemos perdido la relación con nuestro sueño.

Muchas personas no quieren saber nada de sus sueños rotos. Se lanzan a realizar miles de actividades para desviar la atención de su propia realidad. O piensan que tienen cosas más importantes que hacer que ocuparse de los sueños de la infancia. Pero a veces, una enfermedad les obliga a afrontar la verdad. Han hecho caso omiso de la resistencia de su alma contra la vida que han elegido como sucedáneo de sus sueños rotos. Pero el cuerpo se rebela por medio de una enfermedad, o el alma protesta mediante el agotamiento o la depresión. Entonces tienen que afrontar su verdad. La cuestión es cuál es la reacción justa frente a la dolorosa sensación de las ilusiones barridas.

La reacción conveniente es la de hacer duelo por los sueños cancelados. La despedida de los sueños que daban sentido a nuestra vida es un proceso doloroso. Duele admitir que no se puede desandar lo que ya se ha vivido. Alexander y Margarete Mitscherlich afirman certeramente, en su céle-

bre libro *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens* [*Fundamentos del comportamiento colectivo. La incapacidad de sentir duelo*], que quien se niega a hacer duelo por las ilusiones sobre las que ha construido su vida, se entumece interiormente y, como consecuencia, experimenta una especie de parálisis en su desarrollo anímico, en sus relaciones interpersonales y en el despliegue de sus capacidades creativas¹. Al mismo tiempo, su capacidad de percepción de la realidad queda limitada². Basándose en Sigmund Freud, Alexander y Margarete Mitscherlich hablan de la melancolía que caracteriza a las personas que no han querido hacer el trabajo de duelo. En la melancolía, tal y como la entiende Freud, la persona pierde la autoestima³. Quien se niega a realizar el trabajo de duelo por los sueños rotos experimenta «una pérdida de energía psíquica»⁴ y, con mucha frecuencia, un odio a sí mismo que conduce, a través de la autoculpabilización, al autodesgarramiento. La consecuencia de este «empobrecimiento del yo» es la incapacidad de responder de manera creativa a los desafíos de la vida. La persona queda interiormente inmovilizada y petrificada.

1. Cf. Alexander y Margarete MITSCHERLICH, *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*, Piper & Co., München 1968, p. 9 [trad. esp.: *Fundamentos del comportamiento colectivo. La incapacidad de sentir duelo*, Alianza, Madrid 1973].

2. *Ibid.*, p. 24.

3. *Ibid.*, p. 37.

4. *Ibid.*, p. 79.

Veinte años después de la publicación del libro escrito conjuntamente con su marido Alexander, Margarete Mitscherlich abordó una vez más el tema del duelo en su ensayo *Die Toten antworten nicht mehr [Los muertos no responden]*. En este escrito no trata solamente el duelo por la pérdida de un ser querido, sino también el duelo «por la pérdida de la infancia y de la juventud, y por la pérdida de ideales y tradiciones, por las relaciones perdidas y por la felicidad perdida»⁵. Únicamente quien se despide «de una etapa de la vida, de las esperanzas de satisfacer deseos inalcanzables, puede interiorizar relaciones, sentimientos y percepciones»⁶, porque puede abrirse a nuevas experiencias y es capaz de aceptar de un modo nuevo las relaciones que la vida le ofrece. Margarete Mitscherlich piensa que la elaboración del duelo es siempre también una elaboración del recuerdo. Recuerdo los sueños que tuve en la infancia y las sensaciones que estaban ligadas a ellos. Me duele reconocer que tengo que despedirme de esos sueños. Pero, si evito esta dolorosa elaboración del recuerdo, pierdo el acceso a mi vida interior y enturbio la percepción de mí mismo. La consecuencia es la limitación de las capacidades mentales: «La puerta de entrada al presente permanece cerrada, la apertura a nuevas experiencias está limitada»⁷.

5. *Ibíd.*, p. 71.

6. *Ibíd.*, p. 73.

7. *Ibíd.*, p. 74.

Una posibilidad, conocida por todos, de reaccionar frente a los sueños rotos es la negación. No queremos reconocer que nuestro sueño se ha desvanecido. Mitscherlich cuenta el caso de una mujer cuyo sueño de un matrimonio feliz se había esfumado debido a una separación. Sin embargo, ella seguía aferrada a su sueño: «Sufría una especie de enfermedad de la esperanza que la alejaba cada vez más de la realidad»⁸. Si me mantengo aferrado a mi sueño, una vez que ha sido barrido, me bloqueo interiormente. Pierdo el contacto con mis sentimientos, con mi corazón. Otra mujer vio cómo se extinguía su sueño porque su marido se había enamorado de una mujer más joven que ella. En los primeros años de matrimonio, la esposa había sido muy bella y era consciente de la atracción que ejercía sobre el marido. Cuando ya no pudo hacer realidad el sueño de ser capaz de atraer irresistiblemente a su marido, se culpó a sí misma y se enfureció consigo misma. Solo después de haber aceptado el doloroso proceso de duelo que implicaba la despedida de sus ilusiones, pudo restablecer su autoestima y descubrir en sí misma nuevas posibilidades de vida⁹. Quien se niega a hacer duelo por los sueños rotos cae a menudo en una depresión sin fondo. Exteriormente no parece deprimido, porque trata de enmascarar la depresión con «el ensordecimiento consumista y la

8. *Ibíd.*, p. 76.

9. *Cf. ibíd.*, pp. 77-78.

avidez»¹⁰. Muchas personas que caen en el consumismo y no pueden sentirse nunca satisfechas muestran que su verdadero problema consiste en que no afrontan los sueños rotos. Huyen de sí mismas. Reemplazan el duelo que no han elaborado por un exceso de consumo o un activismo desmesurado.

Solamente quien atraviesa el sufrimiento podrá llegar hasta el fondo del alma y entrar en contacto con las potencialidades que hay en ella. Entonces descubrirá la fuerza que hay en su interior. Su sueño no se ha hecho realidad, pero lo que significa sigue estando presente y obrando en su alma. Y de algún modo sigue estimulando las potencialidades para desarrollarse de una forma que convenga a la situación en que se encuentre.

No podemos vivir de nuevo el pasado. Lo que hemos vivido hasta ahora no corresponde a nuestro sueño, pero nos ha permitido reunir experiencias que son importantes para nosotros. Si ahora, con esas experiencias, nos vinculamos a nuestro sueño originario, podemos desarrollarlo de un modo nuevo. Lo que se ha roto no ha sido el sueño como tal, sino su concreción. Y tal vez esta concreción estaba excesivamente entremezclada con nuestros deseos y nuestras imágenes. A decir verdad, de lo que se trata en este momento es de acceder hasta la esencia del sueño para realizarla. Nun-

10. *Ibíd.*, p. 85.

ca es demasiado tarde para empezar a cumplir nuestro sueño.

La persona que evita el duelo queda petrificada interiormente. En ella no se mueve ya nada. Le falta la valentía necesaria para afrontar los sueños interiores. Tiene miedo del silencio, porque en la quietud podría aumentar su decepción por el sueño roto. Quiere evitar todos los sentimientos desagradables, porque piensa que podría sentirse desbordada e inundada en ese río de lágrimas. Está inquieta y agitada. Las actividades que emprende son ciertamente significativas, pero las realiza con la intención de pasar por alto el proceso de duelo. Nos decimos a nosotros mismos que estamos prestando un servicio importante, que nos piden nuestra colaboración, que siempre tenemos algo que hacer. Pero cuanto más nos ocupamos del mundo exterior, tanto más podemos perder también el contacto con nuestro corazón.

Jesús piensa en esta situación de huida del propio corazón cuando, en el Evangelio de Lucas, exhorta a sus oyentes con estas palabras: «Pelead para entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán y no podrán. Apenas se levante el amo de casa y cierre la puerta, os pondréis por fuera a golpear la puerta diciendo: “Señor, ábrenos”. Él os contestará: “No sé de dónde sois”. Entonces diréis: “Contigo comimos y bebimos, en nuestras calles enseñaste”. Él responderá: “Os digo que no sé de dónde sois. Apartaos de mí, malhecho-

res". Allí será el llanto y el rechinar de dientes...» (Lucas 13,24-28). Vivimos solo exteriormente. Hacemos cosas indudablemente significativas, incluso escuchamos la palabra de Jesús, leemos libros, estamos en contacto con la Iglesia, pero hemos perdido la unión con nuestro corazón. Hemos reprimido nuestros sueños. Nos hemos separado de lo que nuestro corazón anhela. Nuestra vida se desarrolla únicamente hacia fuera y se ha convertido ya ahora en «llanto y rechinar de dientes». En efecto, de algún modo nos damos cuenta de que hemos vivido de espaldas a nosotros mismos. Y por la noche aparecen estos presentimientos. Entonces algunas personas rechinan los dientes para reprimirlos, pero sin conseguirlo. En los momentos de silencio y quietud lloramos por causa de la desesperación, y todos los intentos de liberarnos de estas experiencias fracasan. Tenemos que afrontar la verdad. Las palabras de advertencia de Jesús no quieren angustiarnos, sino invitarnos a hacer frente a la verdad, a restablecer el contacto con los presentimientos de nuestro corazón, con los sueños de nuestra alma. Hemos de entrar por la puerta estrecha, la que nos conduce a nuestra unicidad y especificidad, la que nos pone en contacto con lo que quería nuestro sueño. Hay que movilizar todas las energías para poder acceder, a través de esta puerta, a nuestra verdad y llegar a la parte más íntima de nosotros mismos. Solo si estamos dispuestos a realizar este esfuerzo, nuestra vida será plena. De lo contrario, nos contentaremos con

satisfacciones sucedáneas para la vida que no hemos vivido. Pero eso no es verdadera vida.

Otra reacción frente a los sueños no cumplidos consiste en quedar paralizados en la autoconmiseración: la persona se lamenta porque su vida ha fracasado, porque sus sueños no se han realizado. Se compadece de sí misma. O continúa lanzándose reproches permanentemente porque se ha equivocado y lo ha echado todo a perder. Pero no puede vivir de nuevo el pasado. De este modo, no se supera el sufrimiento provocado por el sueño no cumplido, sino que se permanece en la superficie del propio sufrimiento y se nada en la autoconmiseración. Tampoco esto sirve de ayuda. La persona gira continuamente en torno a los mismos pensamientos, se hace siempre los mismos reproches y no deja de sentir lástima de sí misma. Podemos recurrir a la imagen del «nudo de tristeza» que nos atenaza. Hacer duelo quiere decir atravesar ese nudo de tristeza, abrirse paso a través de él hasta llegar al fondo del alma. Puede ayudarnos también el ir desatando el nudo paso a paso, para poder avanzar y no quedar atascados en un caos inescrutable. Quien se detiene en la autoconmiseración no atraviesa la tristeza, sino que se queda en la superficie y nada cambia en él. La lástima que siente hacia sí mismo no acaba nunca, lo acompaña durante toda la vida. Se compadece de sí mismo porque todo le va mal, pero a largo plazo su autoconmiseración crisa los nervios de quienes lo rodean.

Otra reacción frente a la negación del trabajo de duelo es la acusación y la inculpación dirigidas a otras personas. Culpamos a los demás de haber obstaculizado la realización de nuestros sueños. Buscamos toda clase de motivos para mostrar que ellos son los culpables de que nuestros sueños no se hayan cumplido. Echamos la culpa al conductor que causó la muerte de nuestro hijo o de nuestra hija. Acusamos al médico por no haber salvado a nuestro padre o a nuestra madre. A la empresa y al jefe les hacemos responsables de nuestro fracaso en el cumplimiento de nuestro sueño. Echamos la culpa a las circunstancias, que no nos han permitido estudiar o encontrar una persona con la que fundar una familia. Pero tampoco estas acusaciones nos llevan a ninguna parte. Quedamos atascados en la acusación, pero no estamos dispuestos a vivir nuestra vida. Estamos estancados en nuestro sufrimiento por las oportunidades perdidas, pero no vamos más allá de él. Esto paraliza nuestra vida. No elaboramos el duelo, sino que nos hundimos en la tristeza o incluso en la depresión, en la que nos parece que ya no tiene ningún sentido seguir viviendo. Y todo esto sucede porque no se ha realizado lo que de verdad deseábamos.

Las despedidas son siempre dolorosas. Muchas personas se niegan a despedirse porque se hacen una y otra vez la ilusión de que los sueños rotos se realizarán. Una mujer que quería tener hijos a toda costa, y que después de cumplir 46 años se ve obli-

gada a reconocer que no podrá cumplir ese deseo, se niega a aceptar la realidad. No pierde la esperanza de tener un hijo. Le resultaría excesivamente doloroso admitir que ese deseo no es realista. No está dispuesta a hacer duelo por el incumplimiento de su sueño. Pero el sufrimiento será aún mayor en el momento en que reconozca la realidad. Por eso es importante que inicie ya ahora el proceso de duelo que le permitirá entrar en contacto con nuevas posibilidades en su vida. Existe la llamada «generatividad», estudiada por el psicólogo germano-americano Erik Erikson, que consiste en una fecundidad o capacidad generativa que no se limita a concebir o engendrar un hijo, sino que se extiende también a la obra y la irradiación de la persona en el mundo. Si tengo que despedirme de mi deseo de tener hijos, puedo dirigir con más intensidad aún mi atención a lo que desearía florecer, en mí y a través de mí, en este mundo y dar fruto en mi vida.

Cuando hacemos duelo por un ser querido que ha fallecido y a quien amábamos, nos dolemos también por nosotros mismos, lamentamos la pérdida de los sueños rotos por la muerte de la persona querida. No debemos valorar o juzgar nunca el proceso de duelo. A veces dura mucho tiempo. Otras veces tenemos la sensación de que hemos elaborado el duelo, pero si una persona o un acontecimiento nos recuerdan la pérdida, reaparece de inmediato el sufrimiento. Naturalmente existe

también la enfermedad del duelo, en la que uno queda paralizado. Mitscherlich afirma que este duelo enfermizo «no conduce a un enriquecimiento de nuestro yo, sino a un enorme empobrecimiento del mismo»¹¹. Lo importante es que veamos que el duelo tiene una finalidad, a saber: que construyamos una nueva relación con la persona fallecida y lleguemos al fondo de nuestra propia alma para descubrir allí las potencialidades que Dios ha pensado para nosotros, para reconocer allí la esencia de nuestro sueño. La muerte del ser querido ha destruido el sueño en la forma que tenía hasta ese momento, pero lo que nuestra alma nos ha ofrecido en el sueño de nuestra infancia tiene otras muchas facetas diferentes de las que hemos vivido hasta ahora. La finalidad del duelo es descubrir esas otras facetas y vivirlas de un modo nuevo.

La elaboración del duelo no consiste solo en lamentarnos por la desaparición de nuestra autoimagen y por la ruptura de nuestro sueño, sino también en dolernos por la ruptura de la imagen de Dios. En efecto, la muerte de una persona querida rompe la imagen de Dios que teníamos hasta ese momento. No podemos decir por qué esa persona ha muerto, por qué Dios lo ha permitido. Nos resulta incomprensible. Así las cosas, debemos hacer duelo porque se ha roto la imagen de Dios con la que estábamos familiarizados. A través del duelo hemos de buscar intensamente una nueva

11. *Ibíd.*, p. 69.

imagen de Dios, el Dios que está más allá de todas las imágenes, el Dios incomprensible. Con todo, aun aceptando la incomprensibilidad de Dios, hemos de confiar en que Dios es Amor inconcebible, un Amor que supera todos nuestros criterios.

El duelo por un ser querido nos pone en contacto con nuestra vida no vivida. La muerte de un niño pone ante nuestros ojos nuestra infancia perdida. Descubrimos en nosotros al niño abandonado o al niño que no ha podido vivir lo que quería. El fallecimiento del cónyuge nos recuerda las posibilidades de amor no vividas, todo lo que en nuestra relación era mediocre, todas las palabras de amor no dichas, los instantes de entrega amorosa que hemos desaprovechado. Es preciso hacer duelo por todo lo que no hemos vivido. Solo de este modo, a través de lo que no hemos vivenciado, llegamos a entrar en contacto con la vida que hay en nosotros, con aquello que desearía florecer. Elaborar el duelo significa no quedar estancado en el sufrimiento o en la autoconmiseración, sino pasar a través del dolor para llegar hasta el fondo de nuestra alma. Allí descubrimos que nunca es demasiado tarde para levantarnos de nuevo y empezar a vivir. En el fondo de nuestra alma están presentes todavía todas las posibilidades de vida. Lo perdido, perdido está. Pero ahora, en este mismo instante, podemos empezar a vivir de nuevo, a vivir lo que hasta ahora hemos pasado por alto.

La finalidad del duelo consiste en introducirnos en una nueva vinculación y relación con la persona

difunta. La elaboración del duelo producirá en nosotros una nueva vitalidad y nos llevará a una nueva relación con Dios. Quien se niega a elaborar el duelo queda bloqueado interiormente. O bien insistirá en lamentarse porque el destino ha sido tan malo con él que le ha reservado precisamente aquel sufrimiento, o bien acusará a otros y les declarará culpables de su desgracia, o bien echará la culpa a Dios. Es cierto que con frecuencia el duelo nos lleva a acusar a Dios y a rebelarnos contra él. Así lo hizo ya Job, pero él fue más allá de la lamentación y alcanzó una nueva visión de Dios. El duelo quiere abrirme los ojos para que vea al Dios totalmente Otro que, aun cuando sea incomprensible, a pesar de todo sigue siendo el fundamento de mi vida.

El duelo no se limita al sufrimiento desencadenado por la muerte de un ser querido. Margarete Mitscherlich afirma que hemos de hacer duelo por la pérdida de la juventud y por la pérdida de los ideales. Es preciso elaborar el duelo por las relaciones rotas, por el fracaso del proyecto de vida, por el fracaso en la profesión, por las oportunidades perdidas en la vida, por el final de la carrera. Solo si hago duelo por las oportunidades perdidas y los proyectos de vida no cumplidos, entro en contacto con mis posibilidades y capacidades. Quien se niega a elaborar el duelo empobrece su propia vida afectiva.

Desearía explicarlo con tres ejemplos. Muchas personas experimentan en su vida conyugal que el

amor inicial se va desvaneciendo. Los ideales que compartían al principio de la relación han desaparecido. La convivencia está dominada por la rutina. Los cónyuges no tienen ya casi nada que decirse. En esta situación, es frecuente que cada uno de los cónyuges acuse al otro y le eche la culpa de que el amor se haya enfriado. O bien ambos se lamentan de que, a pesar de todos los esfuerzos, no consiguen reavivar la vida matrimonial. En este caso es importante hacer duelo por la ruptura del sueño del ideal conyugal: es preciso lamentar la mediocridad de la relación matrimonial, pero también mi propia mediocridad y la del cónyuge. Solo cuando atravieso el sufrimiento causado por el enfriamiento del amor conyugal puedo descubrir también el amor que hay todavía en mí. Este amor no se expresa en grandes sentimientos, sino en la fidelidad y la lealtad hacia el cónyuge. En nuestra relación sigue habiendo algunas realidades incuestionables: juntos hemos criado a nuestros hijos; juntos mantenemos la economía doméstica y la organización de la familia; respetamos las reglas de juego de nuestra vida en común; nos apoyamos mutuamente. Así, de improviso, descubro que en mí mismo y en nuestra convivencia hay muchos aspectos positivos. En el fondo de mi alma entro en contacto con un amor que es más que el mero sentimiento, con el agradecimiento por haber vivido juntos tantos años y haber sido fieles el uno al otro. Y descubro nuevas posibilidades para mejorar nuestra convivencia.

Un varón de 58 años ha perdido su puesto de trabajo debido a las reestructuraciones llevadas a cabo en la empresa. Su sueño de poder realizar algo importante en ella y de jubilarse siendo un exitoso jefe de departamento se ha roto. Se culpabiliza a sí mismo y se pregunta qué ha hecho mal. Y al mismo tiempo se enfurece contra su jefe, que no ha mantenido su palabra ni ha cumplido lo que siempre le había prometido. Se siente completamente infeliz y no se atreve a decir a sus familiares y conocidos que ha perdido su trabajo. Piensa que con 58 años no tiene ninguna posibilidad de encontrar en ninguna parte un trabajo comparable al que tenía. No le resulta fácil hacer duelo por la pérdida de su trabajo y la ruptura de su sueño. Es muy doloroso para él. Pero si es capaz de atravesar el sufrimiento, entonces podrá descubrir nuevas posibilidades en sí mismo. No necesita imperiosamente encontrar un nuevo puesto de trabajo. Puede prestar servicios como voluntario y dedicarse a aquello para lo que no ha tenido tiempo antes debido a las exigencias de su actividad profesional. Puede también, por ejemplo, dedicarse a la música o a la jardinería. Esto le permitirá conocer nuevos aspectos de su personalidad y descubrir capacidades que están latentes en él y a las que ha prestado muy poca atención hasta este momento.

Cuando participo en encuentros con sacerdotes católicos, escucho con frecuencia cómo se quejan del estado de la Iglesia. Se lamentan por la conti-

nua disminución del número de personas que van a la iglesia y por la ausencia de jóvenes. Muchos hablan de las deficiencias de los obispos y del mal funcionamiento de las curias episcopales. A menudo las quejas se convierten en acusaciones dirigidas contra los responsables eclesiásticos porque no tienen ninguna sensibilidad hacia las necesidades pastorales. Aun cuando estas quejas y acusaciones sean comprensibles, no llevan a ninguna parte. Solo sirven para propagar un clima depresivo. En esta situación es necesario hacer duelo por la ruptura de nuestros sueños relativos a la Iglesia. Sí, la Iglesia no es ya como en la década de 1950. He de despedirme dolorosamente de los sueños relativos a la Iglesia que tenía cuando fui ordenado sacerdote o cuando trabajaba en la pastoral juvenil, en unos años en los que celebrábamos con los jóvenes liturgias llenas de entusiasmo. Solo si recorro este doloroso proceso de duelo descubriré también las oportunidades que la Iglesia tiene en la sociedad actual. Y hallaré todos los impulsos de vida nueva y de nuevos arranques espirituales que se pueden observar en la Iglesia y que tal vez yo puedo percibir también en mi comunidad y en algunos de sus miembros. Entonces descubro al menos en otras personas y en mí mismo el deseo de lo que es más propio de nuestra Iglesia: el anhelo de tener juntos la experiencia de Dios y de llegar a ser, en comunión con Jesucristo, levadura de esperanza y de reconciliación para este mundo.

Cuando hablo de la elaboración del duelo, muchas personas me preguntan cómo se puede poner en práctica. Por eso, desearía presentar aquí un pequeño ejercicio. Siéntate cómodamente y cierra los ojos. Si estás acostumbrado a meditar, adopta tu postura de meditación. Presta atención a tu respiración, que viene y va. Y después imagina lo siguiente: al inspirar, introduces en ti el Espíritu de Dios. Y al espirar, dejas que atraviese el nudo de tristeza que hay dentro de tu pecho y que llegue hasta la pelvis. Imagina que accedes, junto con el Espíritu de Dios, hasta el fondo de tu alma y que descubres allí nuevas posibilidades y capacidades. Confía en que el Espíritu de Dios puede fecundar y hacer florecer lo que hay en el fondo de tu alma. Si permaneces sentado durante veinte minutos con esta imagen, tal vez puedas vislumbrar que debajo del nudo de tristeza hay un espacio en el que eres libre y puedes sentirte vivo y renovado. Allí descubres una fuente de creatividad y de amor que no se agota nunca. A través del duelo llegas al fondo de tu alma y allí eres por entero tú mismo, libre de las expectativas y de los juicios de los demás, libre también de los reproches que te haces a ti mismo. Allí entras en contacto con todos los dones que Dios te ha regalado. Allí entras en contacto con el sueño originario, con la esencia de tu sueño, con la imagen que Dios se ha formado de ti.

IV

LA INTEGRACIÓN DE LOS SUEÑOS EN NUESTRA VIDA

La tarea de la educación es reconocer y formar con una claridad cada vez mayor la imagen de Dios en la persona. Los griegos introdujeron esta concepción de la educación y la mística alemana siguió desarrollándola. Para esta, se trata de que la persona se configure con la imagen de Jesucristo, que es la verdadera imagen de Dios. Al formar e integrar la imagen de Cristo en nosotros, nos hacemos cada vez más semejantes a Dios.

A las personas a quienes acompaño espiritualmente les pido con frecuencia que descubran el sueño de su infancia. Una manera de acceder a él consiste en recordar aquello que podía mantener centrada nuestra atención durante horas sin experimentar cansancio. Otra manera consiste en preguntarnos cuáles eran nuestros cuentos preferidos y los personajes que nos fascinaron en la infancia. No se trata de una vuelta nostálgica a la niñez, sino más bien de imprimir un nuevo impulso a nuestra vida a partir del sueño originario. Para lograrlo, he de ver el sueño como imagen de lo que hago actualmente. No necesito cambiar de trabajo ni tampoco dar un vuelco completo a mi vida actual. Se trata únicamente de encontrar una imagen para lo que hago en este momento, una imagen que corresponda a mi sueño originario.

LA FORMACIÓN COMO INTEGRACIÓN DEL SUEÑO DE MI VIDA

Que nuestra vida sea hoy plena o que no lo sea depende de la imagen con la que vivimos, de la

imagen con la que nos levantamos por la mañana, con la que vamos al trabajo o con la que hacemos cada día lo que se espera de nosotros. Una madre se levanta con la imagen de que debe vivir para sus hijos, de que debe estar siempre presente cuando salen de casa y cuando regresan. Pero esa imagen la somete a presión y la agota. Para ser una buena madre necesita otras imágenes. Si una imagen nos oprime, no nos hace ningún bien. Las imágenes están ahí para que las «integremos» en nosotros. El filósofo griego Platón piensa que la formación/educación consiste en integrar buenas imágenes en nuestro interior. Platón parte de la idea según la cual incorporamos en nosotros la imagen divina para entrar en contacto con la imagen originaria que Dios se ha formado de nosotros. Integramos esta imagen divina a través de la naturaleza. Por eso debemos incorporar las imágenes del cosmos, para hacer justicia a nuestra naturaleza humana. Según Platón, la persona reconoce lo divino en su interior si contempla el cosmos. Descubre su verdadero orden propio a través del conocimiento del orden del mundo. Cicerón desarrolla esta concepción de Platón y sostiene que el ser humano se forma verdaderamente cuando va logrando la armonía de su personalidad. La persona es verdaderamente tal cuando alcanza la armonía consigo misma. Por eso, la meta de la formación es la *humanitas*, la «humanidad». Para Platón, conocer el mundo significa también conocerse uno mismo, descubrir la propia esencia.

Los Padres de la Iglesia vincularon el ideal griego de la formación con las palabras del libro de Génesis: «Creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó» (Génesis 1,27). La Biblia griega traduce los dos términos hebreos *s'elem* y *demut* con *kat' eikóna* y *kat' homoíōsin*. Y desarrolla a partir de ellos una teología propia. En la creación, Dios creó al ser humano según su imagen. Por eso, la imagen de Dios está impresa en el ser humano desde el nacimiento. Ahora bien, la tarea de la persona consiste en llegar a ser cada vez más semejante a Dios. La educación tiene la finalidad de integrar progresivamente en mí la imagen de Dios de modo que me asemeje cada vez más a él. El camino de esta configuración es la contemplación. En la contemplación mística veo a Dios de tal modo que me hago uno con lo contemplado. Para los griegos, la forma suprema de la contemplación es la teología. La verdadera teología otorga el conocimiento sobre el mismo Dios, para que Dios quede cada vez más grabado en la persona, de modo que se muestre con una intensidad cada vez mayor la imagen originaria y no falsificada que Dios se ha formado del ser humano.

La tarea de la educación es reconocer y formar con una claridad cada vez mayor la imagen de Dios en la persona. Los griegos introdujeron esta concepción de la educación y la mística alemana siguió desarrollándola. Para esta, se trata de que la persona se configure con la imagen de

Jesucristo, que es la verdadera imagen de Dios. Al formar e integrar la imagen de Cristo en nosotros, nos hacemos cada vez más semejantes a Dios. La mística alemana entendió también en este sentido el verbo «formar». La formación no es, como en el significado actual del término, una acción exterior, sino más bien una acción interior: formar e imprimir en nosotros la imagen de Cristo.

En los sueños, Dios nos ha regalado imágenes que corresponden a nuestra naturaleza, a nuestra esencia. Podríamos decir también que los sueños pretenden estimular y desarrollar en nosotros la imagen divina. El sueño corresponde a lo que la mitología llama «el niño divino en nosotros». Para John Bradshaw, el niño divino representa la *imago Dei*, la imagen de Dios en nosotros. En el niño divino se encuentra «el poder de la regeneración creativa»¹. Ello nos recuerda una creatividad especial, «el recuerdo de una creatividad muy particular que es nuestro talento personal único e irrepetible»². Al integrar en nosotros las imágenes del sueño, entramos en contacto con el niño divino en nosotros, con nuestro verdadero ser, y con las fuentes de nuestra energía y nuestra creatividad.

1. John BRADSHAW, *Das Kind in uns*, op. cit., p. 353 [trad. esp., p. 331].

2. *Ibid.*, p. 356 [trad. esp., p. 334].

LA INFLUENCIA DE LAS IMÁGENES EN NUESTRA VIDA Y EN NUESTRA ACTIVIDAD

A menudo, las imágenes que llevamos inconscientemente en nosotros no solo condicionan nuestro estado de ánimo durante el día, sino que también influyen en nuestro trabajo y en los encuentros de nuestra vida cotidiana. La primera tarea consiste en tomar conciencia de las imágenes que llevamos en nosotros, para poder cambiarlas, despedirnos de aquellas que nos hacen caer enfermos y buscar aquellas otras que corresponden mejor a nuestra naturaleza y desarrollan las potencialidades que hay en nosotros.

Una profesora me cuenta que va al colegio con la imagen de la domadora. Es una imagen demasiado exigente y que le roba su energía. Cuando se presenta con esa imagen ante los alumnos, está siempre tensa. Un directivo ejerce su profesión con la imagen del sándwich. Tiene la impresión de que es oprimido desde arriba y desde abajo. Tampoco esta imagen es agradable, porque a largo plazo suscita en mí la sensación de ser objeto de abuso y, como consecuencia, a menudo también reacciones agresivas. Otros van a trabajar con la imagen de la rueda del hámster. Pero estas imágenes no nos hacen bien. Nos roban nuestra energía. Suscitan en nosotros sensaciones de opresión y descontento. La imagen que llevo en mí interpreta todo lo que vivo a partir de ella. Un sacerdote se dirigía hacia el altar con la imagen

de ser objeto de críticas por parte de los fieles. Esto le había impedido durante mucho tiempo celebrar, porque le resultaba insoportable permanecer junto al altar con esa imagen. Otros acuden al trabajo con imágenes que son fruto de su ambición. Algunas personas tienen la sensación de que desde el momento en que se levantan por la mañana están bajo la presión de tener que hacerlo todo bien para que nadie pueda criticarlas o para que todo sea correcto en su vida.

La influencia negativa de las imágenes se percibe del modo más claro en las ideas obsesivas que, en definitiva, son también imágenes interiores que se despliegan en la persona: uno se ve obligado a controlar si todos los interruptores de la casa están apagados, si todas las puertas están cerradas; otro siente la necesidad imperiosa de colocar el plato en un determinado lugar, porque de lo contrario podría suceder una desgracia. Tales imágenes, que nos oprimen, pueden hacer que caigamos enfermos.

Otras personas son portadoras de imágenes caracterizadas por fantasías de omnipotencia. Piensan que todos los días deben hacer algo extraordinario, tanto en la familia como en el trabajo, que es imprescindible que causen una buena impresión. Deben estar siempre seguras de sí mismas, siempre tranquilas y de buen humor, controlándose siempre. Pero con tales imágenes excesivas solo se hacen daño a sí mismas. Se someten a

tanta presión que agotan rápidamente sus energías. Se engríen con imágenes que no son convenientes para ellas. No viven desde su centro, sino que se imaginan siempre algo que no corresponde a lo que son en realidad. Los griegos hablan del lecho de Procusto. Procusto estiraba y alargaba los miembros de sus víctimas si eran demasiado cortos, o se los cortaba, si eran demasiado largos, porque debían encajar exactamente en las medidas de su lecho. También nosotros vamos por la vida con imágenes demasiado pequeñas o demasiado grandes de nosotros mismos. Pensamos que no somos capaces de hacer nada. Amputamos nuestras posibilidades porque tenemos una idea demasiado pequeña de nosotros mismos. O nos hinchamos y engreímos con falsas ilusiones. Una mujer que tenía un concepto demasiado pequeño de sí misma y, por ello, no había podido desarrollar su autoestima, entendió mal a su terapeuta cuando este trató de fortalecer en ella ese sentimiento de valía personal. Ella se identificó con una imagen grandiosa de sí misma y un buen día, en vez de humillarse – como solía hacer–, empezó de repente a gritar y a reñir públicamente a todas sus colegas. Pero por la tarde, cuando estaba sola en su casa, aquella autoimagen ilusoria se derrumbó como un castillo de naipes y ella se sintió desdichada de nuevo.

En el Evangelio de Lucas, Jesús nos exhorta a despedirnos de las falsas imágenes y a cultivar la imagen que Dios se ha formado de nosotros: «Si

uno de vosotros pretende construir una torre, ¿no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No suceda que, habiendo echado los cimientos y no pudiendo completarla, todos los que miren se pongan a burlarse de él diciendo: “Este empezó a construir y no puede concluir”» (Lucas 14,28-30). La torre es una imagen del proceso a través del cual el ser humano llega a ser el mismo. C.G. Jung construyó en Bollingen una torre como imagen de su camino interior. La torre es redonda, una imagen de totalidad. Tiene cimientos profundos y se eleva hacia el cielo. Une el cielo y la tierra, del mismo modo que nosotros, los seres humanos, somos a la vez del cielo y de la tierra. Cuando construimos nuestra torre verdaderamente única, debemos saber exactamente de cuántas piedras disponemos. Las piedras son nuestras capacidades y posibilidades, nuestras imágenes interiores, nuestros sueños. No debemos compararnos con otras personas, sino construir la torre única que Dios ha pensado para nosotros. Si nos hacemos una idea demasiado pequeña de nosotros mismos, dejamos de utilizar muchas piedras. Si nos engréimos con fantasías de omnipotencia, no podemos edificar más que los cimientos. Y nuestra vida queda reducida a una ruina. Así pues, necesitamos desarrollar una buena sensibilidad para nuestras posibilidades, para nuestro sueño. Hemos de construir nuestra torre según la imagen interior de nuestro sueño.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA IMAGEN QUE CORRESPONDE A NUESTRA ESENCIA

No debemos someternos a imágenes exteriores, ni las de nuestros padres, ni las de nuestra ambición o nuestra manía de grandeza, sino las imágenes que son propias de nuestra alma. Estas imágenes son siempre saludables para nosotros. Corresponden a nuestra verdadera esencia. Tales imágenes sanadoras las encontramos en nuestros sueños. En los sueños de nuestra infancia era nuestra alma la que se soñaba a sí misma. En ellos, el alma esbozó una imagen de sí misma correspondiente a su verdadera esencia. Si entramos en contacto con estas imágenes interiores, entonces florecemos, tenemos ganas de vivir y sentimos que la vida fluye. Quien vive contra sus imágenes interiores, se cansa y se agota rápidamente. Derrocha demasiada energía para vivir contra su verdad interior. Quien sigue la imagen interior descubre en ella fuentes de las que puede beber sin que se agoten. Porque estas fuentes interiores participan de la fuente divina en nosotros, que es inagotable.

Para que encuentren tales imágenes interiores, a quienes participan en los cursos que imparto les pido que recuerden situaciones de su infancia en las que podían jugar durante horas o realizar alguna actividad sin cansarse, en las que se olvidaban del tiempo y se entregaban apasionadamente a alguna ocupación. Muchas personas recuerdan claramente tales situaciones. Pero les resulta difí-

cil aplicar esos recuerdos a su vida presente y descubrir en ellos imágenes para el trabajo que realizan. Entonces les animo a descubrir qué es lo que vinculan a esos recuerdos, y suele ayudarles el hecho de que les proponga algunas asociaciones que se me ocurren. Debemos ver como imágenes lo que hacíamos en la infancia. ¿Qué anhelo latía en ese juego, en esa ocupación? ¿Qué se expresa en ellos? ¿Qué asociamos hoy con aquellos sueños?

Un director de colegio me contó que durante su infancia jugaba siempre en el desván. Allí se olvidaba de todo. Le pregunté a qué jugaba concretamente. Me respondió que en el juego había construido siempre su propio mundo. En el juego con las diferentes figuras que encontraba en su caja de juguetes estaban vigentes normas y reglas de juego propias. Le animé a que reconociera en ello su sueño: «En mi colegio construyo un mundo propio. En vez de enfadarme por las normas burocráticas del ministerio de Educación, por la mañana, cuando voy al colegio, tengo presente esta imagen». Al dejar que esta imagen influyera en él, la tarea de dirección del colegio le resultó más agradable. La imagen le ponía en contacto con la energía que había en su alma, pero también con la imaginación y la creatividad que había recibido. De este modo se esforzó por construir en el colegio un mundo propio: un mundo en el que los profesores y los alumnos colaboraban mutuamente, en el que enseñaban y aprendían con placer, en el que los

valores hacían que la vida fuera preciosa. El recuerdo del juego infantil le permitió reconocer la imagen con la que podía desempeñar de un modo nuevo su tarea. No era necesario que cambiara su actividad profesional, sino que vinculara el trabajo que realizaba con su sueño originario. Cuando esto se consigue, la vida vuelve a fluir.

Una directora de colegio pensaba que no sería capaz de acordarse de ninguna escena de la infancia. Cuando le pedí que se esforzara por recordar lo que hacía –o a qué jugaba– con pasión cuando tenía ocho, diez o doce años, se acordó de que siendo niña le encantaba jugar a «puntos» (también llamado «balón prisionero» o «campos quemados»). Pero rápidamente aseguró que aquello no tenía nada que ver con su actividad profesional. No obstante, insistí en que descubriera la imagen que se ocultaba detrás de aquel juego, en el que los jugadores se lanzan la pelota. Esta es una imagen magnífica para la tarea de dirección. En vez de copiar a los colegas masculinos, ella debía dirigir el colegio de tal modo que todos participaran en el juego, y que sus compañeros y los alumnos se lanzaran mutuamente la pelota y jugaran juntos.

Un jefe de personal me contó que de niño le gustaba construir aviones ligeros y en su juventud había volado con planeadores. Recordaba que su instructor de vuelo insistía una y otra vez en que los aviones están diseñados para volar y no se debe obstaculizar con intervenciones innecesarias su

capacidad de volar. Al contar este sueño, él mismo reconoció espontáneamente en él una imagen de su tarea. No tenía necesidad de gastar muchas energías para encauzar la empresa en la dirección correcta. Bastaba con que tuviera siempre presente la imagen del planeador, que con poca energía se adapta al viento y vuela por sí solo en la dirección correcta. En la carta que este jefe de personal me escribió medio año después afirmaba que las entrevistas con el personal le resultaban mucho más fáciles, y que ya no se sometía a presión para alcanzar por la fuerza su objetivo. Solo necesitaba sensibilidad para distinguir el instante en que, con un pequeño movimiento, podía dirigir el avión en la dirección correcta. Afirmaba también que la nueva actitud que había adoptado con respecto a su equipo de dirección había «producido un evidente incremento de la responsabilidad personal y de la creatividad». De este modo pudo tener la experiencia de que su trabajo, al aplicar la imagen de su sueño, le resultaba más fácil y se convertía en una bendición para la empresa. A través de su sueño volvió a fluir la energía que había en él y esto repercutió positivamente en la empresa.

Un director de una sucursal bancaria me contó que su infancia había transcurrido en una granja, que él cuidaba del jardín, cultivaba las plantas y observaba el crecimiento lento pero progresivo de los animales domésticos. En el banco le lanzaban el reproche de que exigía poco a los colaboradores

y ejercía poca presión sobre ellos. Naturalmente, sus superiores le pedían algo que contrastaba con su naturaleza. Al contar su sueño y escuchar las observaciones de los demás participantes en el curso, readquirió de inmediato confianza en sí mismo. Ya no quería seguir satisfaciendo las expectativas de sus superiores, porque entendía que su tarea era más bien la de servir a la vida, y acompañarla con atención y solicitud. Si él se mantenía fiel a su sueño, entonces sus colaboradores podrían crecer; no reaccionarían por obligación, sino que se dejarían guiar por él de tal modo que llegarían a ser cada vez más fuertes y mejores. El reconoció que trabajaba con más perseverancia que otros colegas, porque estimulaba las capacidades y las energías de los colaboradores, en vez de mantenerlos bajo presión y exigir demasiado de ellos.

En el capítulo primero he expuesto que de niño me hubiera gustado ser albañil. Esta imagen sigue siendo hoy tan importante para mí como en el pasado. Con las palabras –con las conferencias, con los libros– desearía construir una casa en la que las personas se sientan a gusto, donde puedan descansar y ser ellas mismas, y de la que puedan salir fortalecidas para volver a su vida cotidiana.

Ambrosio de Milán, Padre de la Iglesia, sostiene que la palabra es «la casa del espíritu». Con las palabras construimos una casa. La pregunta es si nuestras palabras son cálidas o frías. Con palabras frías construimos una casa fría, en la que las per-

sonas no se sienten a gusto y de la que tratan de escapar inmediatamente. Solo si construimos con nuestras palabras una casa cálida, las personas se establecerán en ella y entrarán en contacto consigo mismas. Luego, la casa de la palabra las envía de nuevo al mundo fortalecidas y animosas, en pie y con nuevas imágenes en su corazón, con imágenes que les permiten vivir.

Una mujer tenía la impresión de que su sueño se había roto, porque en la vida había tenido que realizar otras tareas. Cuando le pregunté en qué se olvidaba de todo, cuál había sido su juego preferido en la infancia, me contó que siempre estaba con otros niños y desempeñaba de buen grado el papel de líder del grupo. Cuando comparó este recuerdo con su situación en el presente, percibió que no se había alejado mucho de su sueño. Aquel recuerdo le dio fuerzas para seguir ejerciendo su profesión, pero haciendo lo que había hecho hasta entonces con otra imagen y otras asociaciones. Reconoció que su punto fuerte seguía siendo el de reunir a las personas y estimularlas para realizar algo nuevo juntas. El recuerdo de su sueño originario la puso en contacto con las potencialidades que dormitaban en su alma. Su sueño no había sido enterrado del todo. Únicamente tenía que percibirlo y vivirlo más conscientemente.

El varón que de niño se sentía fascinado por el ladrón Hotzenplotz («El bandido Saltodemata») no se convirtió en un revolucionario, sino que tra-

bajaba como enfermero en un hospital. Su sueño le había llevado a ser sensible hacia las personas que vivían al margen de la sociedad. Había podido dedicarse y atender precisamente a pacientes difíciles, que habían sido rechazados por otros. Había desarrollado también una sensibilidad especial para percibir qué colegas eran oprimidos por otros, y luchaba para que sus derechos fueran respetados.

Una mujer contó que de niña le gustaba sobre todo saltar pequeños cursos de agua, pero de inmediato añadió que aquel recuerdo no tenía ninguna importancia para la situación en que se encontraba, porque pensaba que no era un sueño. Sin embargo, los demás miembros del grupo sostenían que en ella se reflejaba algo de la levedad propia del salto. No se quejaba nunca de las dificultades, sino que brincaba sobre los obstáculos. Afrontaba las situaciones difíciles con levedad. Por eso, aquella era una imagen hermosa de su vida. A veces necesitamos que otras personas interpreten nuestro sueño.

Cuando nuestros sueños se han roto, nuestra tarea consiste en hacer duelo por lo que se ha desvanecido y despedirnos de las ideas ilusorias para adherirnos al sueño originario. Es posible que lo hayamos comprendido de un modo demasiado limitado. Tal vez hemos pensado que se podía realizar únicamente en una profesión específica, en una relación de pareja concreta, en una tarea

determinada. Pero la vida nos ha mostrado que era imposible avanzar por aquel camino. En realidad, lo que se ha roto no ha sido nuestro verdadero sueño, sino únicamente la imagen que nos habíamos hecho de él. Entonces deberíamos considerar con más atención el sueño originario, deberíamos reflexionar y preguntarnos qué significaba exactamente y de qué modo ahora, después del supuesto fracaso, podemos realizarlo de un modo nuevo. Así podremos tal vez descubrir la verdadera esencia de nuestro sueño. Y esta esencia se puede realizar también hoy, aun cuando sea de un modo diferente de aquel que habíamos imaginado en nuestra infancia o en nuestra juventud.

La mujer cuyo sueño consistía en encontrar un varón con el cual compartir la fe y transmitirla a sus hijos, descubrió, después de la ruptura de su matrimonio, que había confundido la fe con el mantenimiento de la atmósfera creyente de la casa paterna. En realidad, quería reproducir la casa de sus padres. Pero los sueños no son copias, sino que corresponden más bien a nuestro anhelo más profundo. Por eso, aquella mujer se esforzó por reflexionar de un modo nuevo sobre la fe. ¿Cuál era el anhelo más profundo que se ocultaba en su sueño? No era simplemente el de la fe de sus padres, sino el de vivir personalmente a partir de la fe. Ahora bien, la fe es más que seguridad. La fe es también un camino. Abrahán, el prototipo de la fe, expresó su fe dejando su patria, su ciudad natal y

su casa paterna. Tuvo que abandonar el pasado, los sentimientos del pasado, los ambientes familiares de la infancia y caminar hacia lo desconocido. La fe es un camino de peregrinación hacia Dios. Pero Dios no es el ya conocido, sino el totalmente Otro. A menudo, en la palabra de Dios resuena todo lo que quisimos en la infancia. Y está bien que sea así. La palabra de Dios nos pone en contacto con experiencias religiosas valiosas. Pero en el término «Dios» resuena también el riesgo de encaminarnos hacia lo que no conocemos. Dios es conocido y desconocido. Tenemos una idea de él, pero es siempre el inconcebible, el incomprensible. Así, el sueño roto ofreció a aquella mujer la oportunidad de profundizar su fe y de renovarla. Precisamente a través del fracaso de su sueño llegó a la esencia que se ocultaba en su sueño originario, al anhelo de poder creer verdaderamente, de vislumbrar el misterio de la fe y de ponerse en camino, en la fe, hacia Dios.

Una mujer contó el sueño que tenía en su juventud: ser creativa y desarrollar la capacidad que tenía para escribir. Quería ser escritora. Pero las circunstancias externas se lo había impedido. Había tenido que dedicar su energía a otras cosas. Su sueño originario se había roto. No obstante, después de elaborar el duelo por ello, descubrió que su capacidad no había desaparecido: tenía una edad que no le permitía ser escritora de profesión, pero conservaba su creatividad. Y he aquí que de

pronto se despertó en ella el deseo de introducir su gusto por la lengua en su puesto de trabajo. Ya no podía hacer carrera como escritora, pero podía escribir sus reflexiones y sus experiencias. Tal vez el resultado no se corresponda exactamente con lo que ella había pensado en su juventud, pero será, de un modo nuevo, fecundo y beneficioso.

Nunca es demasiado tarde para conectar con el propio sueño originario. No podemos hacer realidad íntegramente nuestro sueño, pero, en cada etapa de la vida, podemos realizar su esencia. Para ello es importante que nos preguntemos cuál es su verdadera esencia. A veces hemos pensado nuestro sueño de un modo demasiado concreto. Debido a su fracaso o al hecho de que lo hemos descuidado, se instala en nosotros con frecuencia la sensación de que hemos vivido de espaldas a nuestra vida. Tal vez en ocasiones no hemos vivido de manera auténtica. No obstante, hemos vivido. Y, al vivir, siempre ha crecido algo en nuestro interior. En cuanto nos damos cuenta de que hemos vivido de espaldas a nosotros mismos, podemos corregir este error. Y entonces nuestra tarea será la de ver nuestra vida a la luz de nuestro sueño originario. De esta manera reconoceremos el modo en que ahora, en este instante, podemos entrar más en contacto con nuestro verdadero ser y hacer realidad nuestro sueño de un modo conveniente a nuestra situación actual.

En vez de lanzarnos reproches por no haber vivido nuestro sueño, deberíamos tener presente

que todas las experiencias que hemos hecho desde nuestra infancia, incluidas las experiencias de alienación, fracaso o separación de nuestro verdadero yo, han sido importantes para permitirnos retomar ahora de nuevo el hilo conductor de nuestro sueño y vivirlo del modo en que Dios hoy nos lo indica. Si nos limitamos únicamente a lanzarnos reproches por haber descuidado esto o aquello y haber vivido de espaldas a nuestro sueño, seguimos bloqueados en la negación de la vida. Y lo que nos reprochamos nos impide vivir lo que hay en nosotros.

Cuando nuestro sueño originario se despierta en nosotros –por medio de una enfermedad o una crisis, un sueño o una depresión, el encuentro con un libro o con un pensador–, suele suscitar en nuestro interior una gran energía. Este impulso es un buen criterio para comprender que no nos engañamos y para reconocer que hemos entrado en contacto con nuestro sueño originario. A veces nos sentimos atraídos por determinados libros. Con frecuencia tenemos el presentimiento interior de que un libro concreto podría ayudarnos a seguir adelante o podría ponernos en contacto con nuestro sueño originario. Es bueno prestar oído a estos impulsos interiores. O bien nos encontramos con una persona que nos habla de su compromiso en la vida o de un proyecto interesante. De pronto percibimos en nosotros una gran energía que nos empuja a ocuparnos de ese proyecto. O

bien tenemos de improviso la idea de poner nosotros mismos en marcha un proyecto que dormitaba desde hacía tiempo en nuestra alma, pero que habíamos rechazado siempre con argumentos racionales. Cada vez que con ocasión de un encuentro, al ver una película o debido a un acontecimiento, percibimos en nosotros un empuje de energía, es señal de que estamos en contacto con nuestro sueño originario.

No debemos hacer caso omiso de este aporte de energía. A veces, esta energía puede anunciarse también mediante signos negativos como, por ejemplo, una depresión. Entonces nos empuja a considerar más atentamente la razón por la que nuestra alma reacciona con tristeza. Tal vez nos entristecemos porque recordamos que no hemos hecho realidad nuestro sueño originario. La depresión nos impide seguir pasando de largo ante él. Ahora es el momento de dirigirnos de nuevo a nuestro sueño originario y de realizarlo de un modo conveniente a la situación en que nos encontramos.

V

EL SUEÑO DE DIOS CON RESPECTO AL SER HUMANO

Si queremos conocer cómo nos ha soñado Dios, nos resultará útil meditar sobre el sueño de Dios encarnado en Jesucristo. Al contemplar cómo vivió el hombre Jesús, cómo habló, qué pensó e hizo, descubrimos cuáles son nuestras posibilidades. Pero, al mismo tiempo, hemos de escuchar también en nuestro interior y percibir dónde hay una resonancia en nosotros. Allí donde estamos en paz con nosotros mismos, donde florece algo en nosotros, donde algo cobra vida, estamos en contacto con lo que Dios ha soñado para nosotros.

Los sueños no son exclusivos del ser humano. También Dios tiene un sueño sobre nosotros. Antes de que una persona exista, Dios la ha soñado. La tradición espiritual ha expresado este sueño de Dios relativo a cada persona con diferentes imágenes. Romano Guardini afirma que Dios pronuncia una «contraseña» sobre cada persona. Y mi tarea consiste en hacer perceptible para el mundo esa palabra única que Dios ha pronunciado sobre mí.

Tomás de Aquino emplea otra imagen: cada ser humano es una expresión única de Dios. Hay algo divino que solo puede ser expresado a través de mí y que solo puede ser vivido por otras personas a través de mí. No puedo describir exactamente la palabra que Dios pronuncia únicamente en mí y la imagen que realiza en mí. Pero siento que estoy en contacto con la contraseña y con la imagen originaria de Dios en mí cuando vivo en armonía interior, cuando estoy en paz conmigo y cuando la vida fluye.

EL SUEÑO DE DIOS SOBRE CADA SER HUMANO

Dios tuvo un sueño. Soñó la creación. Y la hizo realidad. Creó el cielo y la tierra, las flores y las hierbas, los árboles y los bosques, las montañas y las colinas, los ríos y el mar, los peces y las aves, los insectos y los mamíferos. Pero a Dios le faltaba algo en su sueño. Entonces soñó al ser humano y lo creó a su imagen y semejanza. Lo creó como varón y mujer. Pero el ser humano oscureció la imagen que Dios se había formado de él. Se alejó de Dios. Se distanció de Dios, pero también de sí mismo. Se separó de su propio origen. No vivió en presencia de Dios, sino que se ocultó de él. Se replegó en sí mismo. Cerró las puertas de su corazón y no dejó que Dios entrara en él. No solo abandonó la comunión con Dios, sino que se volvió también contra sí mismo y contra sus hermanos y hermanas. Se extravió y se perdió en la espesura de sus mentiras.

Entonces, Dios soñó de nuevo. Soñó el ser humano tal como era realmente e hizo realidad su sueño con un nuevo comienzo. Decidió que su único Hijo, la imagen de su gloria, se encarnara. «El Hijo único, que es Dios y descansa en el corazón del Padre» (Juan 1,18) debía hacerse hombre y restablecer la imagen primigenia del ser humano. Debía mostrar a los seres humanos cómo podían ser si vivían desde la unión con Dios. Él debía recordarles su origen divino, el núcleo divino que aún conservaban, pero que habían oscurecido con su pecado. En cada fiesta del año litúrgico celebramos el sueño de Dios tal

como se ha hecho visible en Jesucristo. Celebramos al ser humano tal como ha brillado en su pura esencia en Jesús. En cada eucaristía se presenta ante nuestros ojos el sueño que Dios ha soñado en Jesucristo. Celebramos el camino recorrido por Jesús para entrar en contacto con nuestro sueño y con la forma en que Dios nos ha soñado.

Si queremos conocer cómo nos ha soñado Dios, nos resultará útil meditar sobre el sueño de Dios encarnado en Jesucristo. Al contemplar cómo vivió el hombre Jesús, cómo habló, qué pensó e hizo, descubrimos cuáles son nuestras posibilidades. Pero, al mismo tiempo, hemos de escuchar también en nuestro interior y percibir dónde hay una resonancia en nosotros. Allí donde estamos en paz con nosotros mismos, donde florece algo en nosotros, donde algo cobra vida, estamos en contacto con lo que Dios ha soñado para nosotros. Allí coinciden nuestro sueño y el sueño de Dios sobre nosotros. El hecho de que reconozcamos este sueño es saludable para nosotros. Entonces vivimos realmente nuestra verdadera vida, en vez de vivirla desde las expectativas de otras personas.

Dios ha soñado en Jesucristo el sueño del verdadero ser humano. Ahora bien, durante su vida terrena, Jesús ayudó también a los seres humanos a redescubrir su sueño originario. Esto resulta visible sobre todo en el Evangelio de Lucas. Lucas habla de la *dóxa theoû*, de la gloria de Dios que debe brillar en nosotros. *Dóxa* significa también la

forma originaria, la imagen originaria que Dios se ha hecho de nosotros. En el relato de la transfiguración (Lucas 9,28-36) describe el evangelista cómo se transforma Jesús durante la oración. Su rostro cambia de aspecto. Jesús se transfigura. Transformación y transfiguración significan siempre: acceder a lo que es propio, llegar a lo que es originario. Esto significa para nosotros que en la oración entramos en contacto con el sueño originario que Dios ha soñado sobre nosotros. En ella puede iluminarse algo en nosotros. Todo lo turbio, que confunde nuestra verdadera imagen, se aclara y el resplandor originario de nuestra alma brilla de nuevo. En el relato de Zaqueo, jefe de recaudadores (Lucas 19,1-10), narra el evangelista que este hombre, bajo de estatura –tal vez también lleno de complejos de inferioridad–, tiene que empequeñecer a otros para poder creer en su grandeza. Y tiene que sacar mucho dinero a la gente para demostrar lo que él vale. Sin embargo, de este modo se aísla cada vez más y es rechazado por todos. Entonces percibe en su interior otro anhelo. Desea ver a Jesús y para ello se sube a un sicómoro. Jesús se detiene ante él y alza la mirada hacia él. El verbo griego *anablépein* indica normalmente elevar la mirada al cielo, levantar los ojos hacia Dios. Aquí, Jesús levanta la mirada hacia el pecador Zaqueo. En él ve el cielo. En él distingue el núcleo divino, el resplandor originario que le viene de Dios. Y porque Jesús ve en Zaqueo, que se encontraba en un

callejón sin salida, el sueño de Dios, el recaudador entra en contacto con su sueño originario. En este momento ya no necesita mucho dinero, sino que lo distribuye entre los pobres. Hace muchos amigos nuevos y celebra con sus viejos amigos un banquete al que Jesús mismo se invita. Jesús le dice: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también él es hijo de Abrahán» (Lucas 19,9). Jesús ha puesto a Zaqueo en contacto con la imagen originaria, con la forma en que Dios le había soñado.

Después de la resurrección, Jesús se aparece en medio de sus discípulos y les dice: «*Egō eimi autós*» = «Soy yo mismo» (Lucas 24,39). Para los filósofos estoicos, *autós* es el santuario interior, la parte santificada del verdadero yo. Por eso, la resurrección indica que Jesús ha llegado a ser plenamente él mismo. Para nosotros, significa también que, al resucitar después de la muerte, entramos en contacto con el verdadero yo, pero ya ahora, cada vez que celebramos la resurrección, resucitamos a nuestro verdadero yo, al sueño que Dios ha soñado sobre nosotros. Cuando atravesamos todo el duelo y nos despedimos de los sueños rotos para llegar hasta el fondo de nuestra alma, reconocemos allí el verdadero yo. Una ayuda para reconocer este yo podría ser el siguiente ejercicio. Me siento para meditar y digo en cada respiración: «Soy yo mismo». Al inspirar, digo sosegadamente: «Soy», y al espirar: «yo mismo». Con cada respiración accedo a un lugar más profundo del nudo de tristeza que

oprime mi pecho y vislumbro que debajo de este nudo se encuentra el lugar santificado del *autós*, del verdadero yo. Si me dirijo una y otra vez estas palabras, vislumbro quién soy en realidad. No puedo describir esta vivencia. Pero experimento en mí una profunda libertad interior. No tengo que demostrar lo que valgo. Sencillamente, tengo derecho a existir. Sencillamente, soy yo mismo. Entro en contacto con el sueño originario de Dios sobre mí. Esto me regala paz, vitalidad, libertad y amplitud. Toda la presión a la que me someto, y toda la presión que los demás ejercen sobre mí, desaparecen. Y vislumbro que en lo más profundo de mi ser estoy en armonía conmigo mismo. Esta experiencia me regala nueva energía. De pronto tengo ganas de ser yo mismo y de hacer realidad el sueño originario de mi vida, el sueño que Dios ha soñado con respecto a mí. No necesito justificarme ni defenderme por ello ante nadie, y no tengo que explicar a nadie por qué vivo de esta manera y no de otra. Sencillamente, vivo. Esto me libera para ser yo mismo y me permite vivir ante Dios con autenticidad, en armonía interior conmigo mismo.

Jesús sabe que accedemos a este verdadero yo después de que se han roto muchas ilusiones que nos hemos hecho sobre nuestra vida. Todos tenemos la ilusión de ser grandes y poderosos. Los discípulos de Emaús proyectan sobre Jesús las ilusiones de su vida. Ellos piensan que es «un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo

el pueblo» (Lucas 24,19). Esto refleja la imagen que tienen de sí mismos. También ellos quieren ser poderosos, exitosos, queridos por todo el pueblo, reconocidos por Dios. Pero la muerte de Jesús en la cruz no solo ha destruido la imagen que estos discípulos tienen de Jesús, sino también su autoimagen ilusoria. Ahora bien, Jesús les da una clave con la que pueden acceder hasta su verdadero yo, a pesar del sueño roto: «¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria?» (Lucas 24,26). Podríamos traducir esa pregunta con estas palabras: ¿no deberías destruir todas tus imágenes de ti mismo para poder encontrar la imagen única que Dios se ha hecho de ti, para poder crecer según la forma que corresponde a tu esencia originaria? A través de todo lo que nos sucede en esta vida, de todo lo que desbarata nuestros proyectos de vida, hemos de seguir creciendo según la forma que Dios ha soñado para nosotros.

EL SUEÑO DE DIOS SOBRE LA SOCIEDAD HUMANA

Dios no ha soñado solo a cada persona, sino también a la comunidad humana. Así, muestra su sueño de la verdadera Jerusalén al profeta Isaías en una visión. Es el sueño de la peregrinación de los pueblos hacia el monte Sión: «Porque de Sión viene la sabiduría del Señor; de Jerusalén su Palabra» (Isaías 2,3). Los seres humanos convivirán en paz, y escucharán y cumplirán juntos la palabra de Dios. Al final del Evangelio de Mateo, Jesús

retoma este sueño divino de un mundo unido bajo la instrucción de Dios. Allí, el Resucitado envía a sus seguidores por todo el mundo para que hagan discípulos de todos los pueblos: «Enseñadles a cumplir cuanto os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre, hasta el fin del mundo» (Mateo 28,20). En el nombre de Jesús, los discípulos deben reunir a todos los pueblos en una sola comunidad que cumple la instrucción divina. El Espíritu de Jesús no debe caracterizar solamente a cada persona, sino al mundo entero. En los Hechos de los Apóstoles, Lucas nos describe el modo en que Jesús concibe esta comunidad: «La multitud de los creyentes tenía una sola alma y un solo corazón. No llamaban propia a ninguna de sus posesiones, antes lo tenían todo en común» (Hechos 4,32). Para Lucas, esta es la prueba de que el reino de Dios ha llegado verdaderamente a nosotros. El reino de Dios está presente en todas y cada una de las personas. Pero se expresa también en una nueva convivencia, en un nuevo modo de vivir juntos ricos y pobres, judíos y griegos, varones y mujeres, jóvenes y viejos.

El sueño que Dios ha soñado sobre la humanidad se refleja también en la forma en que los seres humanos sueñan el mundo. Siempre hay personas que hacen suyo este sueño divino de la única comunidad de todos los pueblos. El sueño de Dag Hammarskjöld, político y místico sueco, era que los pueblos convivieran en paz. El sueño del nor-

teamericano Martin Luther King, defensor de los derechos civiles y párroco baptista, era que blancos y negros avanzaran juntos por el mismo camino. Él hizo suyo conscientemente el sueño de Jesús de la igualdad de todos los seres humanos: «Hace dos mil años, una voz de Belén dijo que todos los seres humanos son iguales». Como discípulo de Jesús, amó también a quienes luchaban contra él y contra sus amigos: «Seguiremos apelando a vuestro corazón y a vuestra alma hasta que os hayamos ganado para nuestra causa». Tales sueños han hecho que el mundo avance. Y han infundido en quienes los han soñado una fuerza que, en último término, ha superado todos los obstáculos sin recurrir a la violencia. En el hecho de que actualmente [2011] el presidente de los Estados Unidos sea un negro se ha cumplido el sueño que había anunciado Martin Luther King. Naturalmente, siempre tenemos que preguntarnos si nuestros sueños sobre el mundo corresponden a la forma en que Dios lo sueña. Martin Luther King se planteó esta pregunta en la oración. Y en la oración vio con claridad que su sueño correspondía a la forma en que Dios había soñado el mundo. Así, la oración y el encuentro con Dios y la forma en que Él sueña el mundo fueron para él la fuente de la que bebía para llevar adelante su compromiso político.

Muchos santos soñaron con una nueva convivencia entre los seres humanos. San Benito soñó

una comunidad de monjes que buscaran verdaderamente a Dios, que no antepusieran nada a Cristo y que en su servicio a Dios y a los hombres configuraran este mundo según el Espíritu de Jesús. Su sueño le llevó a fundar, en medio del caos de las invasiones de los bárbaros, una pequeña comunidad monástica, que floreció durante siglos en Montecassino y después en otras muchas partes del mundo, y que se convirtió en una fuente de esperanza y de confianza en la posibilidad de una nueva convivencia. Juan XXIII soñó la renovación de la Iglesia y tuvo la valentía de abrir de par en par las ventanas de la Iglesia para que en ella entrara un nuevo espíritu. Thomas Merton, monje trapense norteamericano, soñó el diálogo entre las religiones. En su camino místico se sintió íntimamente unido con los monjes zen de Japón. Se consideró un hombre de frontera, llamado a traspasar las fronteras entre las religiones y a buscar a Dios, la Realidad Común que habita en el fondo del alma de todo ser humano. El sueño de Thomas Merton se interrumpió debido a un trágico accidente en un congreso para monjes cristianos y no cristianos en Bangkok. Pero ese sueño pervive en el diálogo que desde entonces continúa, entre monjes cristianos y monjes budistas e hinduistas, en la búsqueda del Dios totalmente Otro e incomprendible.

LA REALIZACIÓN DE NUESTRO SUEÑO EN LA MUERTE Y DESPUÉS DE LA MUERTE

Muchas personas no han vivido para ver el cumplimiento de sus sueños, en los que querían realizar el sueño de Dios sobre el mundo. Martin Luther King fue asesinado, como el presidente J.F. Kennedy o Mahatma Gandhi. Thomas Merton murió en el lugar donde se estaba hablando sobre su sueño de la comunión entre las religiones. Todos ellos esperaban que su sueño se cumpliría de alguna manera. Se consideraron instrumentos para la promoción de aquel sueño, pero no olvidaron nunca que la realización no dependía únicamente de ellos, sino, en último término, de Dios. La confianza en Dios les permitió luchar por su sueño, confiando en que –si correspondía a la forma en que Dios soñaba el mundo– él lo haría realidad en algún momento.

Lo que vale para los sueños de Dios relativos al mundo, vale también para nuestros sueños personales, en los que se refleja el sueño de Dios. Mientras vivimos, debemos entregarnos a este sueño y tratar de realizarlo. Pero a la vez sabemos que nunca podremos realizarlo íntegramente, que siempre nos quedaremos atrás. Por eso, no es una promesa vana, sino que resulta verdaderamente consolador pensar que Dios realizará nuestro sueño plenamente en el momento de nuestra muerte. Entonces resplandecerá en toda su claridad y verdad la imagen única que Dios ha soñado de nosotros. Esta

promesa nos da, aquí y ahora, el valor y la confianza para cumplir nuestro sueño. Pero a la vez nos libera de la angustia provocada porque no somos capaces de realizarlo íntegramente. La confianza en que Dios realizará en nuestra muerte nuestro sueño, y el sueño en que él nos ha soñado, nos libera aquí de la presión a la que solemos someternos a nosotros mismos. Nuestro sueño nos impulsa mientras vivimos. Pero somos libres del peso de tener que vivir su cumplimiento ya, aquí y ahora. Precisamente las personas que caen enfermas suelen sentir angustia ante la posibilidad de que su sueño sea una mera ilusión. Y es frecuente que las personas que han sufrido la ruptura de su sueño no puedan creer que su sueño se realizará. Dios hará realidad en cualquier caso nuestro sueño, si no es ya aquí en la tierra, lo hará con toda seguridad en el momento de nuestra muerte. Entonces nuestro sueño será visible no solo para nosotros, sino también para las personas que nos rodean. Cuando Dios en la muerte haga brillar con toda su claridad y pureza la imagen originaria que ha soñado de nosotros, entonces también las personas a quienes hemos dejado al morir reconocerán quiénes somos verdaderamente y cuál es el sueño que hemos tratado de realizar en nuestra vida, aunque no siempre hayamos conseguido presentarlo de un modo conveniente.

CONCLUSIÓN

Cada uno de nosotros ha soñado algo para su vida. Ha soñado su propia persona en su unicidad. Las imágenes del sueño se han impreso en el alma, de modo que esta se asemejara en su camino cada vez más con ellas. Cada persona tiene también un sueño sobre cómo debe ser la vida a su alrededor, sobre el desarrollo de la familia, la sociedad, la empresa, su comunidad, y sobre cómo ha de ser el mundo. Estos sueños nos mantienen vivos. Nos impulsan a trabajar sobre nosotros mismos para hacernos cada vez más auténticos y luminosos. Y nos impulsan también a configurar nuestro mundo para que corresponda con una intensidad cada vez mayor a la forma en que Dios ha soñado la comunidad humana.

Con frecuencia tenemos la impresión de que nuestros sueños eran hermosos, pero no hemos conseguido realizarlos en nuestra vida. Por eso, para muchas personas es doloroso entrar en contacto con sus sueños originarios. Con todo, aun cuando tengamos la impresión de que hemos vivido de espaldas a nuestros sueños, hemos de ocu-

parnos de nuestro sueño originario. Él puede renovar nuestra vida, aquí y ahora. Nos pone en contacto con nuestro verdadero yo, con el niño divino en nuestro interior, que sabe exactamente lo que es justo para nosotros y lo que nos conduce a la vida. A pesar de todo el sufrimiento por los sueños rotos, hemos de meditar sobre ellos y pensar que lo que hemos soñado en la infancia sigue estando presente en nosotros. Nunca es demasiado tarde para entrar de nuevo en contacto con nuestros sueños. Ciertamente no podremos realizarlos como deseábamos en la infancia. Pero si dejamos que influyan en nuestra vida, reconoceremos cuáles son las posibilidades que hay hoy en nosotros para vivir nuestro verdadero yo y dejar que nuestro niño divino dirija nuestra vida. Entonces nuestra vida será fecunda aquí y ahora. Experimentaremos que recibimos nueva energía, que disminuye el cansancio que dominaba en nosotros porque vivíamos contra el niño divino en nosotros, contra nuestro sueño.

Si entramos de nuevo en contacto con nuestro sueño, nuestra vida tiene sentido. Llegamos a ser uno con nuestra verdadera esencia. Coincidimos con lo que hay en nosotros. Percibimos que tenemos una misión para este mundo, aquí y ahora. Y experimentamos que nuestra vida se convierte en bendición para este mundo. Si imprimimos en el mundo nuestro sueño y, con él, la forma en que Dios lo ha soñado, entonces contribuiremos a transformarlo, percibiremos que nuestra vida es

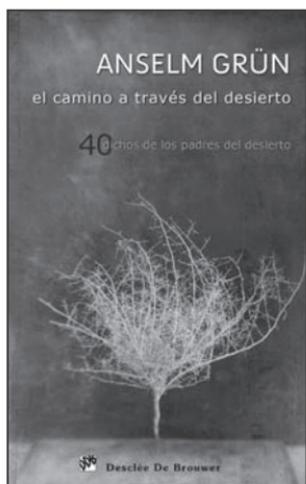
preciosa, que con nuestros sueños colaboramos en la mejora de nuestro mundo y lo hacemos un poco más humano y más luminoso.

Por eso te deseo, querida lectora, querido lector, que te pongas en camino en busca de tu sueño y que reconozcas cómo puedes hacer realidad hoy tu sueño originario de forma nueva en tu situación, con tu edad, después de todas las rupturas que has vivido. Si reconoces la realidad única que se oculta detrás de las imágenes de tu sueño, entonces vivirás con autenticidad. Y al ser tú mismo, te sentirás libre. Desaparecerá la presión a la que te has sometido para responder a imágenes extrañas a tu esencia. Experimentarás en ti una nueva energía y un nuevo deseo de vivir tu vida única e irrepetible. Y de pronto reconocerás que, tal como eres, constituyes una bendición para las personas que te rodean y para el mundo entero.

BIBLIOGRAFÍA

- BRADSHAW, John, *Das Kind in uns. Wie finde ich zu mir selbst?*, Droemer Knauer, München 1992 [trad. esp. del orig. ing.: *Volver a casa: recuperación y reivindicación del niño interno*, Los Libros del Comienzo, Madrid 1994].
- GRÜN, Anselm, *Womit habe ich das verdient?*, Viertel, Münsterschwarzach 2006.
- GRÜN, Anselm, *Glückseligkeit. Der achtfache Weg zum gelingenden Leben*, Herder, Freiburg 2007 [trad. esp.: *Las bienaventuranzas: un camino de plenitud*, Sal Terrae, Santander 2009].
- JUNG, Carl Gustav, *Erinnerungen, Träume, Gedanken*, editado por Aniela Jaffé, Olten 1971 [trad. esp.: *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Seix Barral, Barcelona 2001³].
- MITSCHERLICH, Alexander y Margarete, *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*, Piper & Co., München 1968 [trad. esp.: *Fundamentos del comportamiento colectivo. La incapacidad de sentir duelo*, Alianza, Madrid 1973].

- MITSCHERLICH, Margarete, *Erinnerungsarbeit. Zur Psychoanalyse der Unfähigkeit zu trauern*, Fisher, Frankfurt a.M. 1987.
- TEILHARD DE CHARDIN, Pierre, *Das Herz der Materie*, Olten 1990 [trad. esp. del orig. fr.: *El corazón de la materia*, Sal Terrae, Santander 2002].
- TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, Monte Carmelo, Burgos 2002⁷.



El camino a través del desierto

40 dichos de los padres del desierto

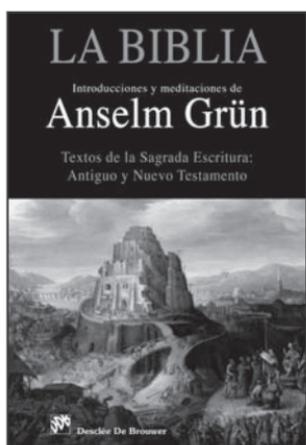
Anselm Grün



ISBN: 978-84-330-2395-7

Entre los siglos III y VI d.C. florecieron en los desiertos de Siria y de Egipto innumerables colonias de monjes. Siguiendo el ejemplo de san Antonio Abad, muchas personas se retiraron al desierto en busca de sí mismas. Y tras sus huellas anduvieron muchísimos peregrinos, que ansiaban recibir una palabra de consejo de quienes ya se habían adentrado en el camino hacia la sabiduría y la paz interior. Del encuentro entre estas dos búsquedas nacieron las colecciones de los Apotegmas, o «Dichos de los Padres», y los tratados de Evagrio Póntico, gracias a los cuales no se perdieron los frutos de aquella lejana espiritualidad.

Anselm Grün nos revela la sabiduría que se esconde en estos dichos, que nos enseñan el camino que lleva hacia la libertad del espíritu, imprescindible para vivir.



La Biblia

**Textos de la Sagrada Escritura:
Antiguo y Nuevo Testamento.
Introducción y meditaciones de**

Anselm Grün

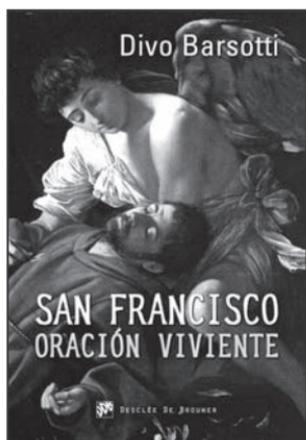


ISBN: 978-84-330-2267-7

«Querida lectora, querido lector, te deseo que la lectura de estos textos esenciales de la Biblia te lleve a una profunda experiencia espiritual, a la experiencia de Dios y a la experiencia de tu propia liberación, la liberación de toda angustia y del aferramiento a lo superficial. ¡No des muchas vueltas a las palabras! Deja sencillamente que desciendan a tu interior. Aunque parezcan extrañas, ¡trata de saborearlas! No es necesario que conozcas todo su trasfondo teológico e histórico. ¡Fíate de la Palabra! Las palabras son imágenes. Y las imágenes abren siempre una ventana al cielo. La Palabra es eficaz. Si dejas que la Palabra descienda sobre ti, ella realizará la sanación, la liberación, la redención. Te sentirás diferente, más sereno, más lleno de esperanza...

Te deseo que la luz de la Palabra de Dios ilumine tu corazón para que veas en ti tu propia luz, la luz divina que brilla en ti y te sumerge en Dios, el único en quien llegarás a ser plenamente tú mismo y reconocerás tu propia dignidad».

Anselm Grün



San Francisco Oración viviente

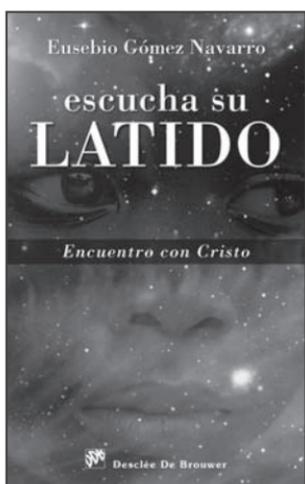
Divo Barsotti



ISBN: 978-84-330-2544-9

«El varón de Dios Francisco, ausente del Señor en el cuerpo, se esforzaba por estar presente en el espíritu en el cielo; y al que se había hecho ya conciudadano de los ángeles, le separaba solo el muro de la carne. [...] Buscaba siempre lugares escondidos, donde no solo en el espíritu, sino en cada uno de los miembros, pudiera adherirse por entero a Dios. [...] Esto en casa. Pero, cuando oraba en selvas y soledades, llenaba de gemidos los bosques, bañaba el suelo en lágrimas, se golpeaba el pecho con la mano, y allí –como quien ha encontrado un santuario más recóndito– hablaba muchas veces con su Señor. [...] Rumiaba muchas veces en su interior sin mover los labios, e, interiorizando todo lo externo, elevaba su espíritu a los cielos. Así, hecho todo él no ya solo orante, sino oración, enderezaba todo en él –mirada interior y afectos– hacia lo único que buscaba en el Señor».

Estas palabras de Tomás de Celano encuentran una confirmación plena en las meditaciones de Divo Barsotti sobre algunos textos fundamentales de la oración franciscana, especialmente sobre el Oficio de la Pasión, sobre el Testamento y sobre la Chartula, que según el místico toscano es una de las cosas más santas que existen en el mundo. Barsotti se sumerge con san Francisco en el abismo del Amor de Dios, donde solo es posible perderse cuando se tiene una conciencia plena de la propia pequeñez.



Escucha su latido

Encuentro con Cristo

Eusebio Gómez Navarro



ISBN: 978-84-330-2540-1

El título de estas páginas es evocador: *Escucha su latido*, el latido de un corazón que el apóstol Juan tuvo la suerte de escuchar al reclinar la cabeza en el pecho del Señor. Muchos se acercan al Evangelio con la frialdad de la indiferencia y no perciben ese palpitar amoroso que resuena en el mensaje escrito. Mi deseo es que los que lean estas páginas tengan aquí un punto de encuentro con él, pues quien se acerca a Jesús nunca queda defraudado ni indiferente.

El cristiano ha de preguntarse con frecuencia por la identidad de Jesús, para no fabricarse una imagen falsa de él. La vida de los creyentes tiene que responder a las preguntas, a las angustias y esperanzas de todos los pueblos. Cristiano es quien sigue a Jesús y opta por el amor y la vida. Minucio Félix caracterizó a los seguidores de Cristo como personas que aman a los otros sin conocerlos.

A cuantos pregunten si es cierto que Jesús sigue hoy vivo entre nosotros les respondería: abrid los ojos y ved las comunidades que oran y lo ponen todo en común, personas de toda condición que van por la vida con el corazón abierto a las necesidades de los otros. Gracias a todos los comprometidos con el reino, testigos de vida y amor, hay ciegos que ven, sordos que oyen y personas que descubren un nuevo sentido a sus vidas.

caminos

Director de Colección: FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN

1. MARTÍN BIALAS: *La “nada” y el “todo”*.
2. JOSÉ SERNA ANDRÉS: *Salmos del Siglo XXI*.
3. LÁZARO ALBAR MARÍN: *Espiritualidad y praxis del orante cristiano*.
5. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *Desde lo oscuro al alba*.
6. KARLFRIED GRAF DUCKHEIM: *El sonido del silencio*.
7. THOMAS KEATING: *El reino de Dios es como... reflexiones sobre las parábolas y los dichos de Jesús*.
8. HELEN CECILIA SWIFT: *Meditaciones para andar por casa*.
9. THOMAS KEATING: *Intimidación con Dios*.
10. THOMAS E. RODGERSON: *El Señor me conduce hacia aguas tranquilas. Espiritualidad y Estrés*.
11. PIERRE WOLFF: *¿Puedo yo odiar a Dios?*
12. JOSEP VIVES S.J.: *Examen de Amor. Lectura de San Juan de la Cruz*.
13. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *La mitad descalza. Oremus*.
14. M. BASIL PENNINGTON: *La vida desde el Monasterio*.
15. CARLOS RAFAEL CABARRÚS S.J.: *La mesa del banquete del reino. Criterio fundamental del discernimiento*.
16. ANTONIO GARCÍA RUBIO: *Cartas de un despiste. Mística a pie de calle*.
17. PABLO GARCÍA MACHO: *La pasión de Jesús. (Meditaciones)*.
18. JOSÉ ANTONIO GARCÍA-MONGE y JUAN ANTONIO TORRES PRIETO: *Camino de Santiago. Viaje al interior de uno mismo*.
19. WILLIAM A. BARRY S.J.: *Dejar que le Creador se comuniqué con la criatura. Un enfoque de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*.
20. WILLIGIS JÄGER: *En busca de la verdad. Caminos - Esperanzas - Soluciones*
21. MIGUEL MÁRQUEZ CALLE: *El riesgo de la confianza. Cómo descubrir a Dios sin huir de mí mismo*.
22. GUILLERMO RANDLE S.J.: *La lucha espiritual en John Henry Newman*.
23. JAMES EMPEREUR: *El Eneagrama y la dirección espiritual. Nueve caminos para la guía espiritual*.
24. WALTER BRUEGGEMANN, SHARON PARKS y THOMAS H. GROOME: *Practicar la equidad, amar la ternura, caminar humildemente. Un programa para agentes de pastoral*.
25. JOHN WELCH: *Peregrinos espirituales. Carl Jung y Teresa de Jesús*.
26. JUAN MASÍÁ CLAVEL S.J.: *Respirar y caminar. Ejercicios espirituales en reposo*.
27. ANTONIO FUENTES: *La fortaleza de los débiles*.
28. GUILLERMO RANDLE S.J.: *Geografía espiritual de dos compañeros de Ignacio de Loyola*.
29. SHLOMO KALO: *“Ha llegado el día...”*.
30. THOMAS KEATING: *La condición humana. Contemplación y cambio*.

31. LÁZARO ALBAR MARÍN PBR.: *La belleza de Dios. Contemplación del icono de Andréï Rublev.*
32. THOMAS KEATING: *Crisis de fe, crisis de amor.*
33. JOHN S. SANFORD: *El hombre que luchó contra Dios. Aportaciones del Antiguo Testamento a la Psicología de la Individuación.*
34. WILLIGIS JÄGER: *La ola es el mar. Espiritualidad mística.*
35. JOSÉ-VICENTE BONET: *Tony de Mello. Compañero de camino.*
36. XAVIER QUINZÁ: *Desde la zarza. Para una mistagogía del deseo.*
37. EDWARD J. O'HERON: *La historia de tu vida. Descubrimiento de uno mismo y algo más.*
38. THOMAS KEATING: *La mejor parte. Etapas de la vida contemplativa.*
39. ANNE BRENNAN y JANICE BREWI: *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida.*
40. FRANCESC RIERA I FIGUERAS, S.J.: *Jesús de Nazaret. El Evangelio de Lucas (I), escuela de justicia y misericordia.*
41. CEFERINO SANTOS ESCUDERO, S.J.: *Plegarias de mar adentro. 23 Caminos de la oración cristiana.*
42. BENOÎT A. DUMAS: *Cinco panes y dos peces. Jesús, sus comidas y las nuestras. Teovisión de la Eucaristía para hoy.*
43. MAURICE ZUNDEL: *Otro modo de ver al hombre.*
44. WILLIAM JOHNSTON: *Mística para una nueva era. De la Teología Dogmática a la conversión del corazón.*
45. MARIA JAUDI: *Misticismo cristiano en Oriente y Occidente. Las enseñanzas de los maestros.*
46. MARY MARGARET FUNK: *Por los senderos del corazón. 25 herramientas para la oración.*
47. TEÓFILO CABESTRERO: *¿A qué Jesús seguimos? Del esplendor de su verdadera imagen al peligro de las imágenes falsas.*
48. SERVAIS TH. PINCKAERS: *En el corazón del Evangelio. El "Padre Nuestro".*
49. CEFERINO SANTOS ESCUDERO, S.J.: *El Espíritu Santo desde sus símbolos. Retiro con el Espíritu.*
50. XAVIER QUINZÁ LLEÓ, S.J.: *Junto al pozo. Aprender de la fragilidad del amor.*
51. ANSELM GRÜN: *Autosugestiones. El trato con los pensamientos.*
52. WILLIGIS JÄGER: *En cada ahora hay eternidad. Palabras para todos los días.*
53. GERALD O'COLLINS: *El segundo viaje. Despertar espiritual y crisis en la edad madura.*
54. PEDRO BARRANCO: *Hombre interior. Pistas para crecer.*
55. THOMAS MERTON: *Dirección espiritual y meditación.*
56. MARÍA SOAVE: *Lunas... Cuentos y encantos de los Evangelios.*
57. WILLIGIS JÄGER: *Partida hacia un país nuevo. Experiencias de una vida espiritual.*
58. ALBERTO MAGGI: *Cosas de curas. Una propuesta de fe para los que creen que no creen.*

59. JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.: *La sementera del silencio*.
60. THOMAS MERTON: *Orar los salmos*.
61. THOMAS KEATING: *Invitación a amar. Camino a la contemplación cristiana*.
62. JACQUES GAUTIER: *Tengo sed. Teresa de Lisieux y la madre Teresa*.
63. ANTONIO GARCÍA RUBIO: *Aún queda un lugar en el mundo*.
64. ANSELM GRÜN: *Fe, esperanza y amor*.
65. MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO: *Regreso a la felicidad del silencio*.
66. CHRISTOPHER GOWER: *Hablar de sanación ante el sufrimiento*.
67. KATTY GALLOWAY: *Luchando por amar. La espiritualidad de las bienaventuranzas*.
68. CARLOS RAFAEL CABARRÚS: *La danza de los íntimos deseos. Siendo persona en plenitud*.
69. FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN, O.C.D.: *El cielo en la Tierra. Sor Isabel de la Trinidad*.
70. THOMAS MERTON: *Paz en tiempos de oscuridad. El testamento profético de Merton sobre la guerra y la paz*.
71. XAVIER QUINZÁ LLEÓ, S.J.: *Dios que se esconde. Para gustar el misterio de su presencia*.
72. THOMAS KEATING: *Mente abierta, corazón abierto. La dimensión contemplativa del Evangelio*.
73. ANSELM GRÜN - RAMONA ROBBEN: *Marcar límites, respetar los límites. Por el éxito de las relaciones*.
74. TEÓFILO CABESTRERO: *Pero la carne es débil. Antropología de las tentaciones de Jesús y de nuestras tentaciones*.
75. ANSELM GRÜN - FIDELIS RUPPERT: *Reza y trabaja. Una regla de vida cristiana*.
76. MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO: *Las dos puertas. La reconciliación interior en la experiencia del silencio*.
77. THOMAS MERTON: *El signo de Jonás. Diarios (1946-1952)*.
78. PATRICIA MCCARTHY: *La palabra de Dios es la palabra de la paz*.
79. THOMAS KEATING: *El misterio de Cristo. La Liturgia como una experiencia espiritual*.
80. JOSEPH RATZINGER -BENEDICTO XVI-: *Ser cristiano*.
81. WILLIGIS JÄGER: *La vida no termina nunca. Sobre la irrupción en el ahora*.
82. SANAE MASUDA: *La espiritualidad de los cuentos populares japoneses*.
83. EUSEBIO GÓMEZ NAVARRO: *Si perdonas, vivirás. Parábolas para una vida más sana*.
84. ELIZABETH SMITH - JOSEPH CHALMERS: *Un amor más profundo. Una introducción a la Oración Centrante*.
85. CARLO M. MARTINI: *Los ejercicios de San Ignacio a la luz del Evangelio de Mateo*.
86. CARLOS R. CABARRÚS: *Haciendo política desde el sin poder. Pistas para un compromiso colectivo, según el corazón de Dios*.

87. ANTONIO FUENTES MENDIOLA: *Vencer la impaciencia. Con ilusión y esperanza.*
88. MARÍA VICTORIA TRIVIÑO, O.S.C.: *La palabra en odres nuevos, presencia y latido. Una mirada hacia el Sínodo de la palabra.*
89. ROBERT E. KENNEDY, S.J.: *Los dones del Zen a la búsqueda cristiana.*
90. WILLIGIS JÄGER: *Sabiduría de Occidente y Oriente. Visiones de una espiritualidad integral.*
91. DOROTHEE SÖLLE: *Mística de la muerte.*
92. THOMAS MERTON: *La vida silenciosa.*
93. EUSEBIO GÓMEZ NAVARRO, O.C.D.: *¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora? Y ¿por qué no? Sentido del sufrimiento.*
94. MARY MARGARET FUNK, O.S.B.: *La humildad importa. Para practicar la vida espiritual.*
95. TEÓFILO CABESTRERO: *Entre el sufrimiento y la alegría. Nuestra experiencia actual y la experiencia de Jesús de Nazaret.*
96. WILLIAM A. MENINGER, O.C.S.O.: *El proceso del perdón.*
97. LAUREANO BENÍTEZ: *Cuentos cristianos. Una fuente de espiritualidad.*
98. DIETRICH BONHOEFFER: *Los Salmos. El libro de oración de la Biblia.*
99. JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU: *La inteligencia espiritual o el sentido de lo sagrado.*
100. EUGEN DREWERMANN: *Sendas de Salvación.*
101. ANSELM GRÜN: *El camino a través del desierto. 40 dichos de los padres del desierto.*
102. ANTONIO FUENTES MENDIOLA: *La alegría de perdonar. El odio superado por el amor.*
103. GISELA ZUNIGA: *Está todo ahí: mística cotidiana.*
104. TEÓFILO CABESTRERO: *¿Por qué tanto miedo? Los miedos en la vida humana, el miedo de Jesús, nuestros miedos en la Iglesia actual.*
105. THOMAS KEATING: *Terapia divina y adicción. La oración centrante y los doce pasos.*
106. REGINA BÄUMER - MICHAEL PLATTIG (ED.): *Noche oscura y depresión. Crisis espirituales y psicológicas: naturaleza y diferencias.*
107. LOLA POVEDA PIÉROLA: *Conciencia energía y pensar místico. El hoy de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.*
108. MARIANO BALLESTER: *Meditación profunda y autoconocimiento.*
109. LÁZARO ALBAR MARÍN: *Hacia la orilla de Dios. Camino de crecimiento espiritual.*
110. EUSEBIO GÓMEZ NAVARRO: *Escucha su latido. Encuentro con Cristo.*
111. YOLANDA VELÁZQUEZ CORTÉS: *Aprendiendo de Jesús a expresar nuestras emociones.*
112. ANSELM GRÜN: *Los sueños de la vida. Guías hacia la felicidad.*

Cuando éramos jóvenes estábamos convencidos de que haríamos más que las generaciones anteriores para dejar un mundo mejor a las generaciones venideras.

Pero ¿qué ha sido de nuestros sueños? ¿Hemos aprovechado las oportunidades que se nos han presentado y hemos cumplido nuestros sueños? ¿O tenemos la sensación de que hemos fracasado, tal vez porque hemos sido poco valientes y nos ha faltado imaginación?

Anselm Grün describe en este libro las diferentes clases de sueños de la vida. Y nos muestra cómo podemos relacionarnos con nuestros sueños, también cuando no se han hecho realidad. Porque siempre constituyen un impulso para nuestra vida, aunque no se hayan cumplido, y nos ayudan a encontrar sentido y orientación en nuestra existencia.

Anselm Grün, nacido en 1945, doctor en teología y monje benedictino, es administrador de la abadía alemana de Münsterschwarzach. Sus libros se cuentan entre los textos cristianos más leídos en la actualidad. De entre sus numerosas publicaciones, la Editorial Desclée De Brouwer ha traducido, además de *La Biblia. Introducciones y meditaciones de Anselm Grün* las siguientes obras: *Autosugestiones; Fe, esperanza y amor; Marcar límites, respetar los límites; Reza y trabaja: una regla de vida cristiana; Dirigir espiritualmente*, y *El camino a través del desierto: 40 dichos de los Padres del desierto*.

ISBN: 978-84-330-2564-7



9 788433 025647

www.edesclée.com